



BOLSILIBROS
EASA

60 Ptas

F.B.I.

selecciones
policiacas



Secreto
en un cadáver

Bryons

SECRETO EN UN CADÁVER

Ben Bryons



SELECCIONES DEL FBI 532

EDITORIAL ANDINA, S. A.

© BEN BRYONS.

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto.

PINTO (MADRID)

Director responsable: Gregorio Ovejero.

I.S.B.N.: 84-06-04229-X

Depósito legal: M-304-1984

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.



SELECCIONES
F.B.I

Capítulo 1

LA noche, inmensa, cálida, silenciosa, excitaba los sentidos. Arriba, el cielo, cuajado de estrellas, sin una sola nube; abajo, la masa negra y ondulante de las aguas. Ambos iban acercándose en la distancia y, finalmente, se unían en el confuso y oscuro horizonte. Eran millas y millas de monotonía y soledad, dejadas atrás lentamente por el «Cincinatti», cuya proa partía sin piedad la uniforme masa líquida, haciéndola resbalar por sus costados, convertida en espuma.

El murmullo sordo e ininterrumpido de su avance subía por la banda de estribor hasta donde el hombre se encontraba, apoyados los codos sobre el borde de la primera cubierta. Durante unos instantes pareció escuchar el rumor. Luego debió convencerse de que no se trataba de nada nuevo y sacudió la cabeza.

—La monotonía me excita —pensó—. Esta travesía ha terminado por ponerme nervioso.

Se aflojó el nudo de la corbata y respiró profundamente. A sus espaldas y a los lados todo eran tinieblas. La cubierta estaba solitaria y las luces de los camarotes apagadas. Era la última noche en el mar y los pasajeros deseaban descansar antes de desembarcar, a la mañana siguiente, en Nueva York.

—Tal vez un whisky me calmaría —siguió pensando el solitario individuo—. Sí, seguro que me calmaría. El bar debe estar todavía abierto.

Pero continuó sin moverse, los codos apoyados en el borde de la cubierta, dándole en el rostro el agradable frescor de la brisa. Estuvo así algunos minutos con los ojos fijos en la llanura y el

cerebro como vacío. Quizá fue la contemplación de las negras y rumorosas olas lo que le llevó a una terminante conclusión.

—No es monotonía lo que me ha puesto nervioso —murmuró para sí—. Son las circunstancias extrañas por las que estoy haciendo este viaje.

Sus pensamientos no le permitieron darse cuenta de los pasos que se acercaban a lo largo de la cubierta y se detenían junto a él.

—Hola, señor Harvey —saludó una voz femenina.

El hombre se irguió repentinamente y giró la cabeza. Sus pupilas relucían ligeramente dilatadas.

—Señor Harvey, cualquiera diría que le he asustado —dijo la recién llegada.

—¿Eh? No... es que... —tartamudeó el individuo, haciendo esfuerzos por recobrar la perdida serenidad—. Es que estaba todo tan silencioso...

Se pasó la mano por el rostro y, al hacerlo, sus dedos temblaron.

—¿No se encuentra bien? —preguntó la mujer, acercándose más.

Era más alta que él. Su pelo, negro y liso, se recogía en la nuca formando un moño, y sus ojos, grandes y serenos, miraban ahora al llamado Harvey fijamente.

—No es nada —respondió el hombre—. Probablemente he cenado demasiado. Por cierto, ¿cómo sabe mi nombre?

—Soy su vecina de camarote —sonrió ella—. Embarcamos juntos en La Habana y, además, nos hemos visto varias veces en el comedor.

—Perdone mi torpeza. Ahora recuerdo que esta noche, después de la cena, me quedé sin cigarrillos y usted me ofreció uno de los suyos.

—Creo que me acaba de propinar un buen golpe —comentó ella—. Yo que me tenía por una mujer irresistible... y resulta que sólo se ha fijado en mis cigarrillos.

—Bueno, el caso es que...

La mujer meneó la cabeza de un lado a otro.

—No intente arreglarlo, señor Harvey. Usted no ha reparado siquiera en mi presencia —sus palabras parecían llevar encerradas cierta satisfacción, como si íntimamente se alegrara de haber pasado desapercibida por él—. Sin embargo, le voy a confesar una cosa; yo no le he perdido de vista ni un momento.

El hombre llamado Harvey quiso sonreír, pero con gran sorpresa comprobó que le era imposible hacerlo. Sentía la garganta seca. Los serenos ojos de aquella mujer le producían, sin saber por qué, un gran desasosiego.

—Me va a perdonar, señorita —murmuró nerviosamente—, pero... pero tengo que ir a mi camarote. Voy a intentar dormir un poco.

—Es usted libre, señor Harvey. Yo me quedaré un rato a contemplar las estrellas.

El individuo se alejó a lo largo de la cubierta con paso un tanto inseguro. Hubiérase dicho que su estómago contenía una dosis de alcohol superior a la que podía superar.

La mujer le siguió con la mirada. Por un momento sus ojos perdieron la serena tranquilidad, que hasta ahora había llevado impresa en ellos, y sus pupilas se enturbiaron.

* * *

Los tres hombres saltaron del automóvil y, con paso rápido, se dirigieron al muelle después de atravesar la Aduana. En el camino se les unió un cuarto individuo, que vestía el uniforme blanco de la marina mercante.

—Buenos días, señor —saludó el marino—. Le estábamos esperando.

El saludo iba dirigido al que caminaba en el centro del trío. Representaba unos cuarenta y cinco años. Nariz aguileña y mentón firme. Se cubría con un flexible, que tapaba parcialmente su ancha frente.

Sus compañeros eran mucho más jóvenes. El de la izquierda, de pelo rubio y cara de niño, caminaba con las manos metidas en los bolsillos. Era el más alto de los tres. El de la derecha, de estatura mediana, poseía una recia constitución. Su ancha cara se asentaba sobre un cuello poderoso en consonancia perfecta con las anchas espaldas.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó el del sombrero, sin dejar de caminar.

—Sí, señor —respondió el marino.

Al borde del muelle esperaba una lancha motora. En uno de los costados, en grandes letras, se leía: «Práctico». Los cuatro hombres saltaron a ella e inmediatamente después la embarcación se despegaba de la escalerilla lentamente y su proa enfilaba la salida del puerto.

Sobre la cubierta, en silencio, el hombre del flexible tendió su vista hacia adelante. Estaba amaneciendo. Al abandonar el East River y dejar atrás su estuario, una tenue luz lechosa se levantaba por el horizonte, hacia la izquierda, haciendo que, poco a poco, el gris plomizo del mar se fuera convirtiendo en azul verdoso. Al frente, la imponente silueta de la estatua de la Libertad se recortaba en negro sobre el fondo claro del amanecer. Entre la famosa estatua que esculpiera el anciano Bartholdi y la lancha motora, otra silueta permanecía inmóvil sobre las aguas; el «Cincinatti». Su casco, blanco y negro, con las máquinas paradas, parecía dormido sobre la superficie.

Paulatinamente fue agrandándose hasta que sus enormes proporciones hicieron sentirse pequeños a los tripulantes de la motora. Esta enfiló su proa hacia uno de los costados del buque, donde se veía una escalerilla tendida, e instantes después lo abordó.

En la cubierta esperaban a los recién llegados el segundo oficial y dos o tres marineros, que, con las piernas separadas, los miraron inexpresivamente. No se veía ningún pasajero. El hombre del sombrero flexible se adelantó. Su mano derecha mostraba un carnet.

—Inspector Edwin Kenneth, de la Oficina Federal —se presentó—. Estos son mis compañeros.

—Bienvenidos. El capitán los espera.

El capitán del «Cincinatti» era un hombre maduro, muy delgado, con la piel del rostro curtida por toda una vida al servicio del mar. Estrechó la mano del inspector Kenneth y las de sus dos ayudantes cuando éstos entraron en su despacho-camarote.

—Siento molestarles, inspector; pero creo que mi deber era avisarles.

—¿Qué ha sucedido exactamente, capitán? —preguntó Kenneth.

—No puedo responderle con absoluta certeza. Ni tan siquiera sé si he procedido bien pidiendo la intervención del F.B.I.

—Esté tranquilo, capitán —terció el rubio de cara de niño—. Avisándonos, ha dado usted de lleno en el clavo.

Animado por estas palabras, el marino se decidió a hablar.

—Esta madrugada, sobre las tres, uno de los marineros de guardia descubrió la puerta del camarote veinticinco abierta. Le extrañó esta circunstancia y echó un vistazo al interior. Encontró a su ocupante, el señor Rudolph Harvey, inconsciente en el suelo. Inmediatamente fue reconocido por el médico de a bordo. Desgraciadamente, era demasiado tarde. Acababa de fallecer.

—¿Cuál fue el dictamen del doctor? —inquirió Kenneth.

—Aparentemente, le falló el corazón.

—¿Usted no lo cree así? —intervino el agente de anchas espaldas.

—No sé si estaré equivocado, pero...

—Díganos lo que piensa, capitán —le animó el rubio.

—Verán; el señor Harvey embarcó en La Habana. Desde el primer instante encontré en él algo extraño. No sabría explicar el qué. Tal vez su nerviosismo, a mi parecer, improcedente. O tal vez su soledad. No hablaba con nadie y parecía estar como desplazado de su ambiente.

Edwin Kenneth pronunció la frase que el capitán del «Cincinatti» trataba de evitar.

—¿Cree usted que pudo ser asesinado?

Aunque esto era exactamente lo que pensaba, el marino se sobresaltó al oír la pregunta tan crudamente formulada.

—Bueno... verán, no puedo afirmarlo categóricamente.

—¿Podemos ver el cuerpo de Harvey? —preguntó el inspector del F.B.I.

—Desde luego.

Kenneth se dirigió al agente rubio.

—Bat, hazte cargo del equipaje y de la documentación del muerto.

—O.K., jefe.

El cadáver de Rudolph Harvey estaba en el camarote que en vida le perteneció. Había sido tendido sobre la litera y conservaba la ropa de la noche anterior. El cuello de la camisa aparecía desabrochado y la corbata floja. Edwin Kenneth lo examinó detenidamente mientras su segundo ayudante echaba un vistazo por la estancia.

—¿Algo de particular, Alec? —preguntó el inspector, una vez terminado su examen, volviéndose hacia el joven agente de anchas espaldas.

—Nada, jefe.

Kenneth se dirigió al capitán del «Cincinatti», que observaba en silencio.

—Una cosa hay segura, capitán; aquí no encontraremos las causas de su muerte. Habrá que esperar el dictamen del forense. ¿Puede darme la lista de los pasajeros?

—Ordenaré que le faciliten una copia.

—También necesitaré otra lista de la tripulación con los mayores datos posibles.

—Cuenta con ella.

Mientras hablaba, el inspector Kenneth salió del camarote, seguido de los demás. El capitán se puso a su lado.

—Respecto a la entrada del barco en el puerto... —insinuó el marino.

—En cuanto nosotros desembarquemos puede usted reanudar la marcha. ¿Conocen los pasajeros lo sucedido?

—No, pero, naturalmente, los ha sorprendido la detención del barco y la orden de que permanezcan en sus camarotes. Hasta ahora, afortunadamente, no ha surgido ningún incidente, pero quizá alguno se impacienta si demoramos mucho la entrada en el puerto.

—Bien. El desembarco que se realice normalmente. Esta tarde, en cuanto empiece a oscurecer, mandaré una furgoneta a hacerse cargo del cadáver.

El agente Bat se les unió en la primera cubierta donde estaba instalada la escalerilla que les conduciría a la lancha motora. Traía en la mano izquierda una pequeña maleta de cuero bastante deteriorada.

—Listo, jefe — anunció.

—¿Este es todo el equipaje de Harvey? —preguntó Kenneth.

—Todo, jefe. Hasta el cepillo de dientes va metido aquí dentro.

Capítulo 2

A las ocho de la mañana el «Cincinatti» atracaba en el muelle y era colocada la pasarela. Inmediatamente comenzó el desembarco de pasajeros. Podía observarse en sus rostros cierta curiosidad, que se transformaba en inquietud a su paso por la Aduana, al comprobar que los trámites normales eran reforzados por ciertos requisitos que no se exigían otras veces.

También parecía haber más policías que de ordinario; pero lo más extraño era la presencia de varios hombres, muy jóvenes, de ojos extraordinariamente duros para su edad, que revisaban los pasaportes y anotaban el lugar donde pensaban residir los recién desembarcados.

Por algún sitio empezó a correr el rumor de que se trataba de agentes del F.B.I, y la inquietud del pasaje se convirtió en desconcierto. ¿Qué habría ocurrido en el buque para que fuera necesaria la intervención de la Policía Federal?

Dos horas después, el agente federal Bat Wells penetraba en el despacho del inspector Edwin Kenneth. Su jefe y su compañero Alec estaban ante la mesa del despacho de aquél, uno a cada lado. Sobre ésta última se veía la pequeña maleta de Rudolph Harvey. Su contenido aparecía amontonado en uno de los extremos.

El inspector miró al rubio agente a través del humo de su cigarrillo.

—¿Qué tal ha ido eso, Bat?

—Bien. Pasaportes en regla y pasajeros con cara de angelitos... angelitos curiosos, por supuesto. La mayoría de ellos deseaban saber la causa de que el «Cincinatti» se detuviera antes de su

entrada en el puerto. Al parecer ese Harvey era un tipo insignificante. Nadie ha reparado en su desaparición.

Mientras hablaba, entregó a Kenneth un montón de papeles.

—Aquí está el domicilio donde cada uno piensa residir, la lista de pasajeros y las fichas de todos los miembros de la tripulación.

El inspector los echó un vistazo y los dejó junto a la maleta de Harvey.

—Bien, muchachos —habló, aplastando la punta del cigarrillo contra el cenicero—. Todo lo que se podía hacer está ya hecho. Ahora tendremos que esperar el resultado de la autopsia.

—¿Cree que puede ser un asesinato, jefe? —inquirió Bat revolviendo entre los objetos encontrados en el equipaje del malogrado Harvey.

Kenneth se encogió de hombros.

—Prefiero no pensar nada de momento. El hecho de que un individuo haga la travesía La Habana-Nueva York con un maletín, que contiene una camisa, unos pantalones viejos y unas botas, no nos da derecho a pensar que no haya podido morir de un ataque al corazón.

—Pero nos hace sospechar que se trata de un tipo raro

—intervino Alec.

—¿Porque usaba botas? —zumbó Bat.

—Por eso y porque aprovechó sus vacaciones para largarse a La Habana a cazar insectos. Por lo visto era un tipo de esos que pinchan a las mariposas con un alfiler y las colocan en vitrinas.

—Un aficionado a la entomología —explicó el inspector

Kenneth—, Profesionalmente era apoderado de «J.J. Jenkins and Company», Broadway, fabricación de neumáticos. Allí nos han contado lo de las mariposas.

—¿Se ha avisado a sus familiares?

—Vivía solo en Nueva York en un apartamento de la calle 19, en el que no hemos encontrado nada de particular. Su única familia conocida es una hermana, que reside en Dayton, Ohio. Le daremos la noticia cuando sepamos las causas de su muerte.

Aquella mañana y el resto de la tarde fue invertida por los tres federales en estudiar las fichas de la tripulación y la lista de pasajeros del «Cincinatti».

A las siete de la tarde la furgoneta encargada de transportar el cadáver de Harvey a la Morgue esperaba frente a la puerta del Departamento. El agente Alec Swanson sería el encargado de su traslado al depósito de cadáveres.

—Hasta luego, Alec —le despidió el inspector Kenneth—, Nos veremos en la Morgue.

El joven federal salió, cerrando la puerta del despacho tras él.

Bat Wells seguía ensimismado en la lista de pasajeros.

—Tenemos sospechosos de todas las nacionalidades —comentó —, Fíjese bien, inspector, únicamente entre los seis pasajeros que embarcaron en La Habana hay: una venezolana, una inglesa, un polaco, un alemán, un solo cubano y... ¡un javanés! Me gustaría saber qué diablos hacía un javanés en Cuba. ¿No se habría equivocado de isla?

En aquel instante el Departamento de Archivo comunicó que ningún pasajero ni tripulante del «Cincinatti» tenía antecedentes en el F.B.I.

Únicamente una cosa se podía hacer; esperar. El cuerpo de Rudolph Harvey estaría ya camino de la Morgue. Sólo unas horas, y la Policía Federal habría terminado un trabajo... o tendría que comenzar.

Kenneth y Bat se dispusieron a soportar estoicamente el paso del tiempo. Estaba acordado que, hasta que Alec no les llamase desde la Morgue, no se moverían de allí.

En el silencio reinante, el zumbido del teléfono sonó aumentado. Kenneth contestó a la llamada.

—Aquí el despacho del inspector Edwin Kenneth.

Bat levantó la mirada hacia el rostro de su jefe, que escuchaba atentamente, los ojos fijos en uno de los bordes de la mesa. Nadie hubiera sido capaz de leer en su cara el alcance de la noticia que estaba recibiendo. Nadie excepto Bat. El agente percibió la levísima contracción de los músculos faciales de Kenneth y adelantó la

barbilla inquisitivamente. Los ojos de los dos hombres se encontraron. Algo malo estaba ocurriendo.

Cuando el inspector colocó el aparato sobre su soporte, las pupilas le brillaban como si fueran de metal fundido. Se levantó de la silla.

—¡Vamos, Bat! Ha ocurrido algo extraordinario.

* * *

El «Cincinatti» permanecía anclado en el muelle y su pasarela echada, mientras las primeras sombras del anochecer descendían sobre el ancho caudal del East River, haciendo que las aguas se tornaran de un color oscuro.

Para Alec Swanson, detenido sobre la cubierta del «Cincinatti», al lado del capitán del mismo, aquel panorama le era familiar. Lo había contemplado cientos de veces en los tiempos en que merodeaba por el puerto, en espera de que el capataz distribuidor le enrolara en alguna de las cuadrillas de estibadores.

Ahora los recuerdos acudían a su mente. ¡Tiempos duros aquéllos! Dieciséis dólares ochenta centavos al día... El día que había trabajo, hasta que en cierta ocasión, y en el muelle 42, de la Royal Mail, Edwin Kenneth le vio tumbar a tres sujetos como tres montañas y se acercó a él sonriente. Resultado; la academia de Quantico y algo más de dieciséis «machacantes», pero... todos los días.

Dejó escapar sus pensamientos, porque en aquellos instantes cuatro marineros comenzaban a bajar por la pasarela, portando una gran caja de madera sin barnizar. Únicamente la tripulación del «Cincinatti» y el F.B.I, sabían lo que contenía en su interior.

Con gran cuidado, los marinos salvaron la inclinada pasarela y condujeron su carga a la gris furgoneta que aguardaba con la puerta posterior abierta. Una vez introducida la caja en su interior, el individuo que esperaba junto al vehículo cerró las puertas e hizo una seña al agente Alec Swanson.

Este estrechó la mano del capitán.

—Hasta la vista —se despidió—, Y gracias por su colaboración.

El hombre que hiciera la seña a Alec se hallaba ya sentado en la cabina, frente al volante y con el motor en marcha. Alec Swanson se sentó junto a él.

—Adelante, Rooney —ordenó.

La gris furgoneta se puso en movimiento, abandonando el muelle y, dejando atrás los almacenes portuarios, enfiló South Street.

—¿Sabe una cosa, señor? —rompió el silencio el conductor—, Nunca me acostumbraré a este trabajo. Cinco años llevando detrás de mí «fiambres» y todavía me ponen nervioso.

Alec echó un vistazo, a través del cristal de separación, a la parte trasera. La madera blanquecina de la caja resaltaba en la oscuridad.

—Le aseguro una cosa, Rooney —dijo—, A mí me ponen más nervioso los vivos que los muertos.

Cuando hubieron recorrido la mitad de South Street, Rooney torció el volante y enfiló Maider Lane. Tuvo que aminorar la velocidad en esta callejuela, mal iluminada, de innumerables revueltas, flanqueado por casas de dos o tres pisos, cuyas fachadas conservaban claros vestigios de su antigüedad. Los faros alumbraban la calzada delante de ellos.

Rooney se concentraba sobre el volante, atento a las bruscas curvas, que formaba la estrecha calle en aquel sector. Al salir de una de ellas, los focos de otro vehículo, que venía en dirección opuesta, lo deslumbró. Rooney guiñó los ojos.

—¿Dónde habrá aprendido a conducir ese animal? —gruñó—. ¿No sabe que tiene que hacer el cambio de luces?

Indudablemente el otro no debía saberlo, porque sus faros siguieron encendidos a la máxima potencia. Alec Swanson, haciendo pantalla sobre sus ojos con la mano derecha, observó a los infractores.

—Es una furgoneta de las que utilizan las lavanderías para sus repartos —informó.

De repente sucedió algo imprevisto. A unas cinco yardas del coche de la Morgue, el vehículo de los focos encendidos giró hacia la derecha, brusca e inexplicablemente, y quedó atravesado en la calzada.

—¡Maldita sea! —masculló Rooney—, ¡Ese tipo está loco!

No tuvo tiempo más que de pisar los frenos con fuerza.

Las ruedas chirriaron y, con una violenta sacudida, quedaron clavados en la calzada a una yarda escasa de los otros.

Antes de que Alec y Rooney se repusieran del brusco frenazo, los de la lavandería saltaron al suelo. Primero lo hicieron dos. En una zancada se plantaron ante la cabina del coche sorprendido y abriendo la portezuela. En sus manos brillaban sendas pistolas de negro y pulimentado cañón.

—¡Quietos ahí, muchachos! —ordenó, amenazador, uno de los individuos—. Sólo necesitamos que os portéis como dos buenos chicos durante un minuto.

Alec Swanson contrajo las pupilas y las clavó sobre los hombres armados. ¿Qué pretendían aquellos tipos?

Enseguida lo supo. Fue algo asombroso, que lo dejó estupefacto y que estuvo a punto de hacer tragar el chicle que mascaba a Rooney.

Tres hombres más descendieron de la parte trasera de la furgoneta y se dirigieron hacia el compartimento posterior del vehículo de la Morgue. En tres segundos quedó la puerta abierta. Uno de ellos subió y, ayudado por los otros dos, sacaron la caja de madera donde reposaban los restos de Rudolph Harvey. Rápidamente, en silencio, la trasladaron de un coche a otro ante los sorprendidos ojos de Alec y Rooney.

¿Qué significaba aquello?

Pero la estupefacción del agente federal duró poco. Su sangre se rebeló contra aquel acto macabro, pidiéndole una intervención inmediata, contundente.

Y obedeció las órdenes de su sangre.

Revolviéndose furiosamente de costado, en la estrecha cabina, lanzó el pie contra la cercana pistola del primer tipo y de un salto

cayó sobre él. Rodaron los dos por el suelo. Swanson se levantó antes que el otro y de un tremendo zurdazo le hizo revolcarse de nuevo sobre el asfalto.

Entonces el atlético federal sintió cómo el otro individuo se le venía encima y giró sobre sus talones con toda celeridad. Llegó a tiempo de detener, a mitad de camino, el brazo armado que se cernía sobre su cráneo. Los dos hombres forcejearon desesperadamente, los cuerpos juntos y los dientes apretados. Al fin, la mano que sostenía la pistola cedió, al tiempo que un tremendo rodillazo en el bajo vientre hacía doblarse a su dueño con un rugido de dolor.

Antes de que cayera al suelo, Alec saltó hacia los otros tres hombres que transportaran la fúnebre caja y que avanzaban sobre él con los ojos brillantes por la ira. Uno de ellos empuñaba una gigantesca llave inglesa.

La embestida conjunta del trío obligó a retroceder unos pasos al policía y su superioridad numérica se manifestó en forma decisiva.

El primer golpe de la llave le dio a Alec en el hombro, junto al cuello, haciendo que el brazo de aquel lado perdiera toda su sensibilidad. Vio de nuevo alzarse la contundente arma, pero no pudo hacer nada. Descendió la mano con descomunal fuerza, como un ariete, sobre su cabeza. Tuvo la impresión de que su masa encefálica estallaba, dispersándose en el aire. Después... nada.

Capítulo 3

JOSEPH J. Jenkins era director y propietario de la «J.J. Jenkins and Company». De cara redonda y nariz aplastada, que le daba cierto aspecto de perro dogo, tenía fama de ser un hombre de nervios templados. Sin embargo, hacía algunos días que algo estaba minando su reconocida serenidad. La rubia secretaria fue la primera en darse cuenta. El ceño hosco y fruncido de su jefe no era normal. Y la cuestión es que los nervios del señor Jenkins empeoraron todavía más aquella mañana, a raíz de la visita de dos hombres, de rostros duros y andar decidido, que estuvieron en su despacho más de media hora.

Minutos después de haberse marchado dichos hombres, en el edificio de la «J.J. Jenkins and Company» empezó a correr una sorprendente noticia: Rudolph Harvey, uno de los apoderados de la firma, había muerto en el «Cincinatti».

Jenkins se pasó el día removiéndose en su sillón giratorio, firmando todo lo que le ponían delante, sin mirarlo siquiera. Estaba asustado. Se leía en sus ojos.

Y es que Joseph J. Jenkins sabía algo, que podía tener un alcance insospechado. Estaba en poder de un asombroso secreto cuyas pruebas guardaba muy cerca de la metálica mesa donde se sentaba. Su mirada se alzaba insistentemente hacia una reproducción de Van Dyck, tras la cual se disimulaba la caja fuerte. En su interior se hallaba la explicación de algo increíble.

Era una carta. Una simple carta; pero ¿por qué no se la había enseñado a los agentes de la Oficina Federal? De momento no encontró justificación a su proceder. Comprendió que su silencio

podía resultar peligroso y que a causa de él se estaba perdiendo un tiempo tal vez vital.

—No he hablado, porque éste no era el instante ni el lugar adecuado —intentó justificarse a sí mismo—. Las paredes oyen.

Pero no podía perder un minuto más. Tenía que conseguir una nueva y urgente entrevista con el inspector Kenneth, del F.B.I. Levantó el teléfono de su soporte y marcó un número.

—¿Oficina Federal? Póngame inmediatamente con el inspector Edwin Kenneth. Aquí Joseph Jenkins, de «J.J. Jenkins and Company».

Una voz impersonal le contestó, desde el otro extremo del hilo.

—El inspector Kenneth no está en este momento; pero puede usted dejar el recado.

—No... no. Deseo hablar con él. Llamaré más tarde.

Jenkins volvió a colgar el aparato. Notó que las palmas de las manos le sudaban y se las secó con el pañuelo, que extrajo del bolsillo superior de la americana.

Las horas que siguieron representaron una tortura moral para él. Intentó recobrar el dominio de sus nervios fumando desesperadamente; pero era inútil. No conseguía tranquilizarse.

A las cinco de la tarde el personal de las oficinas abandonó éstas. La rubia secretaria entró en el despacho.

—Si no me necesita para nada, señor Jenkins, desearía marcharme —expresó la joven—. Tenemos invitados en casa y...

—No... no necesito nada —respondió el fabricante de neumáticos nerviosamente—. Puede usted irse.

La secretaria desapareció por la puerta con su ondulante andar. Poco a poco, la planta correspondiente a las oficinas de la «J.J. Jenkins and Company» fue quedando vacía. El teclear de las máquinas de escribir cesó, el zumbido de los teléfonos se extinguió y el frío cerebro de las máquinas calculadoras se tomó un respiro hasta la mañana siguiente. Las amplias oficinas quedaron silenciosas, sin vida, faltas de su característica personalidad.

Solo en su despacho, Joseph Jenkins cogió de nuevo el teléfono. Se extrañó de oír su propia voz preguntando por el inspector Edwin Kenneth. Le notificaron que el policía no había llegado todavía.

—Bien... bien —murmuró Jenkins con voz poco segura—, Seguiré insistiendo.

Encendió un nuevo cigarrillo y procuró calmarse. Sus esfuerzos fueron infructuosos. La caja fuerte, tras el Van Dyck, seguía atrayendo sus miradas.

Tres horas después, unos discretos golpecitos en la puerta le sobresaltaron. Se irguió a medias en el sillón y volvió a sentarse. Se estaba portando de una manera infantil. Probablemente sería Stolker, el vigilante nocturno.

—Pase —invitó.

La puerta cedió hacia adentro y la cuadrada cabeza de un hombre apareció por el hueco.

—Buenas noches, señor Jenkins —saludó el visitante desde el umbral. Creí que se habría marchado.

—No, me quedaré un rato más.

Stolker le miraba desde su sitio a través de sus negras y pobladas cejas.

—¿Necesita alguna cosa?

—No, no, gracias. Puede retirarse.

El hombre obedeció. Volvió a quedar solo en su enorme despacho, que ahora se le antojaba excesivamente amplio. Soltó la carpeta que tenía entre las manos y agarró el teléfono. Por fin su llamada tuvo éxito. El inspector Edwin Kenneth contestó al otro lado del hilo. Le habló atropelladamente.

—Inspector, le he llamado varias veces. Me dijeron que no estaba. Yo... yo tengo algo que decirle y...

—No se precipite, señor Jenkins —aconsejó la tranquila voz del policía— ¿Dice que tiene algo que contarme?

—Sí, eso es.

—Lo escucho.

—Estoy nervioso, inspector —afirmó Jenkins—, Esta mañana no les dije en realidad todo lo que sabía. Tengo en mi poder las pruebas de algo muy importante.

—¿Relacionado con la muerte de Rudolph Harvey? —preguntó la invisible voz del federal.

—Sí... en cierta manera, sí —contestó Jenkins vagamente.

—¿Por qué no nos lo dijo esta mañana?

—No lo consideré oportuno. Cualquiera podría haber entrado en el despacho y oír algo. Cuando sepa lo terrible de mi información comprenderá que mi proceder...

Kenneth cortó la inútil explicación.

—Bueno, vayamos al grano. ¿Cuál es su secreto?

Joseph Jenkins seguía con la mirada fija en el Van Dyck.

Pequeñas gotitas de sudor hacían brillar su frente.

—Si no le importa prefiero entrevistarme personalmente con usted. No me parece demasiado seguro el teléfono.

—Es una buena idea —asintió el hombre del F.B.I.—. Si me dice desde dónde habla puedo ir ahora mismo.

—No... no. Yo iré a verle ahí.

—De acuerdo. Lo espero.

Joseph Jenkins colgó el auricular. Durante unos minutos se quedó con la mano apoyada en él, respirando fuertemente. El sudor le corría por las sienes. Al retirar la mano del «micro» la negra superficie de baquelita quedó húmeda. Se limpió con el pañuelo mientras se dirigía a la caja fuerte.

Pulsó un botón entre los estantes de una librería y el Van Dyck giró hacia afuera. Apareció detrás la acerada puerta de la caja. Combinó los números en el disco y abrió instintivamente, y sin poder dominar sus reflejos, miró hacia atrás. El miedo a algo seguía brillando en sus ojos. El despacho estaba vacío, silencioso, ridículamente grande...

Febrilmente metió la mano en el interior de la caja fuerte. ¡Allí estaba lo que buscaba! Aquellas cuartillas, escritas a mano, harían cundir el pánico en determinadas esferas. ¡Qué poco podía

imaginarse el F.B.I, lo que estaba ocurriendo y lo que podría ocurrir si él, Joseph Jenkins, no les entregaba rápidamente aquella carta!

Volvió a cerrar la caja y, retrocediendo sobre sus pasos, metió las cuartillas en una gran cartera de cuero, que descansaba en una de las butacas. Con ella en la mano se puso el sombrero y salió del despacho después de apagar la luz.

La antesala estaba oscura. Únicamente algunos destellos de luz eléctrica, procedentes del populoso Broadway, se filtraban a través de las persianas graduables de plástico, colocadas en un gran ventanal. La mesa de trabajo de su secretaria aparecía en un extremo, cuidadosamente recogidos los papeles y la máquina de escribir tapada con su funda. Se podía percibir todavía en el aire el fuerte perfume de la rubia.

Jenkins atravesó la estancia hacia la salida. Al empuñar el tirador de la puerta, oyó tras él el rumor de pasos. Por un momento estuvo a punto de volverse, sobresaltado. Pero se contuvo. Era contraproducente y ridículo que él, el gran J.J. Jenkins, demostrara el más leve nerviosismo ante Stolker.

—Hasta mañana, Stolker —se despidió, procurando dar a su voz el tono más normal que supo encontrar.

Más la sangre se le heló en las venas al escuchar la voz que sonó a sus espaldas y que no pertenecía al vigilante nocturno.

—No se despidan, señor Jenkins, todavía tiene que atender usted a una visita.

Soltando el tirador, el fabricante de neumáticos se volvió rápidamente. Sus aterrados ojos tropezaron con las figuras de dos hombres, situados a unas tres yardas de él. Desde sus respectivas manos derechas, sendos revólveres le miraban fijamente al pecho.

—¿Qué significa esto? —acertó Jenkins a hablar—. ¿Quiénes son ustedes?

Uno de los individuos se explicó:

—Se lo diremos en dos palabras. Usted sabe algo que a nosotros no nos interesa que se divulgue.

—No sé de qué habla —aseguró Jenkins.

—Es inútil que se haga el tonto. Usted y nosotros conocemos perfectamente de qué se trata.

Ante la firme seguridad que demostraba aquel individuo, Jenkins comprendió que era inútil el disimulo.

—¿Qué esperan de mí? —preguntó.

—Es muy sencillo. Queremos su silencio.

—Yo... yo... —tartamudeó el director-gerente, y señalando su cartera, prosiguió—. Si lo que quieren son estas cuartillas, yo...

Una risa ahogada de aquel individuo cortó sus palabras.

—Desgraciadamente para usted, no nos basta con eso.

La frase se grabó en el cerebro de Jenkins como si se la hubieran introducido de un martillazo. El otro siguió hablando con aplastante claridad.

—Lo siento, amigo, pero estamos aquí dispuestos a cumplir la desagradable tarea de cerrar su boca.

Al tiempo que hablaba levantó el revólver unas pulgadas. Sus labios, apretados, formaban una fina y recta línea. Apretó el gatillo, sin vacilación, dos veces consecutivas. El eco de la primera detonación se confundió con el estampido de la segunda.

Joseph Jenkins se llevó las manos al pecho con desesperación, como intentando arrancarse el plomo que le quemaba el corazón, y se tambaleó sobre sus piernas. Antes de desplomarse, una bocanada de sangre manchó sus labios y su blanca camisa.

Entonces el segundo de los hombres salió de su inmovilidad y se abalanzó sobre la caída cartera de cuero, sin abandonar el revólver. Con su enguantada mano izquierda revolvió en su interior. Al fin, dio con las cuartillas que el gran J.J. Jenkins sacara de su caja fuerte. Sonrió triunfalmente.

—Aquí está —anunció a su secuaz.

—Larguémonos entonces.

Capítulo 4

NADA más colgar el teléfono, después de su conversación con Jenkins, el inspector Edwin Kenneth ordenó actuar a uno de los agentes a su servicio.

Dicho agente fue enviado con toda celeridad a la Broadway, frente a «J.J. Jenkins and Company», con la orden de vigilar la salida del director-gerente de la compañía.

No obstante, tal medida resultó inútil. El fabricante de neumáticos no salió.

El federal, al observar la tardanza del hombre de negocios y después de asegurarse de que nadie le había visto salir del edificio, se puso en comunicación telefónica con su jefe.

Minutos después, el alarido de una sirena policial se apagaba junto a la entrada del gran rascacielos donde se encontraban las oficinas de la empresa destinada a la producción de neumáticos y Edwin Kenneth saltaba al suelo.

Fue preciso forzar la puerta del piso diecinueve, ya que nadie contestaba a las insistentes llamadas. Cuando los federales entraron, la tragedia se presentó ante sus ojos con toda crudeza.

Joseph J. Jenkins se hallaba tendido en el suelo, en extraña postura, con los abiertos ojos terriblemente inmóviles y fijos. Su cuello y su camisa estaban manchados de sangre, que se coagulaba en el suelo junto a él. Una cartera de cuero aparecía en un rincón y su contenido esparcido por el pavimento.

Al vigilante nocturno se le encontró en los lavabos, sólidamente atado con los cordones de las persianas graduables y medio asfixiado a consecuencia del pañuelo que tenía metido en la boca.

La declaración de Stolker no echó ninguna luz sobre el asunto. Dos individuos armados le sorprendieron cuando efectuaba su ronda y lo redujeron a la más absoluta inmovilidad. No sabía nada más.

Desde este instante, Edwin Kenneth comprendió que se encontraba ante un caso extraordinario. El nudo se estaba apretando e iba a ser muy trabajoso deshacerlo. No le asustaban los inconvenientes, pero sí le preocupaba una cosa: ¿Qué se escondía detrás de todo aquello?

Era evidente que, tanto Rudolph Harvey como J.J. Jenkins, supieron algo que los llevó inevitablemente a la muerte. El director de la Compañía habló de pruebas. Tal vez las llevaba en aquella cartera...

Todo era un laberinto de siniestra oscuridad; pero existía algo, que resaltaba en la negrura por su sorprendente y macabra finalidad; el secuestro del cadáver de Rudolph Harvey. ¿A qué se debía esta extraña maniobra del enemigo? ¿Para qué podía interesar el cadáver de un hombre?

—Tal vez entre su ropa llevaba algún documento interesante para sus asesinos —apuntó Alec Swanson, cuyo cráneo aparecía cubierto por un blanco vendaje.

Pero el inspector desechó esta teoría. Las ropas que Harvey llevaba puestas fueron escrupulosamente registradas antes de su salida del «Cincinatti».

Edwin Kenneth se hacía todas estas reflexiones sin perder su sangre fría. A pesar de la oscuridad y de ignorar la finalidad que se pretendía con aquellos asesinatos, el F.B.I, poseía dos hilos sueltos para iniciar sus investigaciones; la hermana de Rudolph Harvey, de Dayton (Ohio), y los pasajeros del «Cincinatti».

Los hombres del Federal Bureau se pusieron inmediata mente en movimiento y el ingente y poderoso mecanismo de la ley comenzó a actuar.

* * *

El agente Alec Swanson bajó del tren en la estación de Dayton (Ohio). A pesar de lo avanzado de la tarde hacía un calor que se tornaba agobiante en los transitados andenes. Quizá por eso la gente se movía presurosa, intentando ganar las salidas en el menor espacio de tiempo posible.

Swanson, luego de echar una indiferente mirada al ir y venir de los abarrotados andenes, salió lentamente de la bulliciosa estación.

No llevaba equipaje. En realidad, no lo necesitaba para su misión en Dayton. Consistía ésta en seguir uno de los hilos que podían llevar quizá al centro del ovillo. Aquel hilo era la señora o señorita Harvey.

Al salvar los accesos de salida, el federal se encontró en una amplia calle, pues se perdía recta, interminable, a derecha e izquierda. Las esbeltas figuras de algunos rascacielos se elevaban, atrevidas, contra el rojo cielo del atardecer. Por la calzada, los automóviles se deslizaban en ordenada procesión a una velocidad bastante considerable.

Alec se encogió de hombros después de mirar a un lado y a otro. Sacando una moneda de medio dólar del bolsillo, la lanzó al aire, recogiénola en el hueco de la mano. Cruz. Hacia la derecha.

Caminó bajo las marquesinas de los establecimientos comerciales.

Sólo tenía una vaga idea de dónde podría encontrar a la hermana de Harvey. Nadie en «J.J. Jenkins and Company» supo dar razón de su domicilio en Dayton. Únicamente sabían que vivía en las afueras de la ciudad, según oyeron contar alguna vez a su hermano. Era poco, pero por lo menos era algo.

Alec se detuvo frente a las puertas de una cafetería. Era lo que buscaba. Penetró y avanzó hacia la barra, eligiendo un sitio apartado, junto a una de las cabinas telefónicas. No tardó en tener delante de él, al otro lado del mostrador, a una morena de nariz respingona y de gorro graciosamente echado sobre el lado izquierdo de su recortada melena.

—Buenas tardes, señor —sonrió la chica, procurando que la perfección de su dentadura quedara bien patente—, ¿Qué va a

tomar?

Swanson tardó en contestar unos segundos. Los segundos que creyó necesarios para demostrar su muda admiración por aquella sonrisa, con lo cual empezó a ganarse la estimación de la cafetera.

—Verás, preciosa —dijo por fin—; al entrar pensaba pedir una coca-cola, pero ahora me doy cuenta de que me está haciendo falta algo más fuerte.

La joven frunció sus lindos labios con coquetería y puso sobre el mostrador un alargado vaso en el que vertió un par de dedos de whisky.

—¿Si desea algo más...? —apuntó ella; y ahora lo que procuraba que resaltara con toda claridad era la perfección de su busto.

Alec cogió el vaso entre sus manos.

—Cuando me haya tomado esto, vuelve —sonrió—. Probablemente entonces habré acumulado el valor necesario para decirte lo que pienso.

Esto terminó por inclinar definitivamente la estimación de la chica hacia él.

Al alejarse la joven, requerida por otro cliente, el federal se introdujo en la cercana cabina telefónica, cerrando la puerta. Tomando la gruesa guía de Dayton, la abrió por la letra H. Su dedo se deslizó por las columnas hasta encontrar el primer Harvey. Este apellido resultó ser bastante numeroso en aquella ciudad de Ohio.

Salió enseguida, llevando con él el grueso tomo, que depositó en la barra, junto a su whisky. La camarera de nariz respingona no tardó ni dos minutos en estar junto a él.

—¿Dijo que necesitaba acumular valor para decirme lo que piensa? —preguntó, y señalando la guía, prosiguió—. Creo que si lo que quiere es localizar mi número de teléfono será mejor que me lo pregunte a mí, ¿no cree?

Alec sonrió.

—Verás, preciosa, tengo un problema —expuso.

—Me gusta resolver problemas.

—Acabo de bajar del tren con el encargo de visitar a una prima mía que se llama Harvey.

—Si es una prima... no veo el problema —aseguró ella.

Se notaba que la joven enfocaba la cuestión desde otro punto de vista. A pesar de ello, Alec siguió:

—Lo malo del caso es que no conozco su domicilio. Únicamente sé que reside en las afueras de Dayton.

La muchacha frunció el ceño y puso cara de malas pulgas, aunque bien claro se veía que hacía esfuerzos por aparentar lo que no sentía.

—Oye, oye —le tuteó—. Conozco el truco. Si te crees que me voy a dejar engañar, estás listo.

Swanson puso cara de inocente.

—No sé lo que quieres decir.

—En las afueras de la ciudad, ¿eh? Supongo que ahora me pedirás que te acompañe hasta allí.

Swanson no negó ni afirmó dichas intenciones. Se limitó a poner la guía ante los ojos de la chica.

—Mira, princesa; echa un vistazo a todos los domicilios de los Harvey y dime cuántos de ellos caen en las afueras.

La chica miró desconcertada al federal, borró de sus labios el mohín de enfado y se encogió de hombros.

—Bueno. Como quieras.

A continuación fue señalando algunas direcciones. Al terminar, Alec tenía anotadas en su libreta tres de ellas.

—Eres un encanto, nena —aduló a la informadora—. Te prometo que, si me queda tiempo volveré a buscarte.

Y sin decir más, apuró el whisky, dejó una moneda en el mostrador, guiñó el ojo a la joven y dio media vuelta hacia la salida, dejando a su conquistada dama con la incipiente sospecha de haber estado hablando con un loco o... con un tonto.

Un coche de alquiler lo condujo hasta una de las direcciones, escogida al azar.

A ambos lados de la calle —en realidad una carretera—, se levantaban, especialmente, algunas casas y varios edificios industriales. Cruzaron ante unas enormes naves destinadas al almacenaje de conservas y, finalmente, el automóvil se detuvo ante un grupo de hotelitos, todos ellos iguales, situados simétricamente a lo largo de una ancha faja de terreno. Una cerca de madera limitaba el reducido jardín perteneciente a cada chalet, de manera que dicha cerca era la única separación existente entre uno y otro.

—Aquel del centro es el que usted busca —indicó el conductor del taxi.

Alec Swanson despidió al automóvil y encaminó sus pasos hacia la edificación señalada. La puerta de la cerca estaba abierta y se introdujo por ella hacia la casa. Todas las luces aparecían apagadas en su interior.

El federal avanzó entre dos cuadros de césped y, subiendo los escalones que le separaban de la entrada, pulsó el timbre. Esperó un minuto, sin que nadie saliera a abrir y sin que el más ligero ruido indicara que fueran a hacerlo. Insistió. Silencio absoluto.

Se disponía a rodear el edificio para echar un vistazo a la parte trasera, cuando una voz le hizo detenerse.

—¿A quién busca?

Alec se volvió, extrañado de no haber visto al entrar al propietario de la voz. Era éste un individuo que se hallaba en mangas de camisa al otro lado de la cerca de separación del hotelito vecino. Sostenía entre las manos el mango de una segadora de césped.

—Quisiera hablar con la mujer que habita esta casa —expuso el agente.

El hombre le estudió detenidamente, antes de preguntar:

—¿Con la señorita Harvey?

—Eso es. Con la señorita Harvey.

—No está. Mi mujer y yo la hemos visto salir hará una hora.

—¿Sabe usted si va a volver esta noche?

—Supongo que sí.

Swanson se acercó hacia donde estaba el otro. Era un contratiempo aquella ausencia. Representaba una pérdida de tiempo que no aparecía registrada en sus planes. Sobre todo, teniendo en cuenta que a lo mejor no era aquella la mujer que buscaba. Decidió sondear al vecino de la ausente.

—No esperaba hallarla fuera —dijo—. Y el caso es que debía verla. Le traigo noticias de Nueva York.

—¿De Nueva York?

—Sí —afirmó el agente—. De su hermano Rudolph.

—¡Ah, claro! —exclamó el hombre, como si acabara de recordar algo que tuviera olvidado hacía mucho tiempo—. Su hermano Rudolph. A mi mujer y a mí nos ha hablado de él algunas veces.

¡Que suerte! Aquella era la mujer que buscaba. Y había ido a dar con ella en el primer intento.

—Daré un paseo por ahí —informó Alec— y volveré dentro de un rato. Gracias por todo.

El hombre soltó el mango de la segadora y señaló hacia su propia casa.

—Puede esperar ahí dentro si quiere —ofreció—, A mi mujer le encantaría saber cosas de Nueva York.

—Gracias. Prefiero pasear un poco. El tren ha entumecido mis músculos.

Se separó del hombre y, cruzando de nuevo la puerta de la cerca, comenzó a pasear por la calle o carretera. A ambos lados de la misma, entre las escasas edificaciones, se veían trozos oscuros de campo pelado. La iluminación era prácticamente nula. Únicamente la luz que se escapaba por las ventanas de las contadas casas prestaba su insuficiente claridad a la calle.

A la derecha, después de la primera nave-almacén de conservas, Alec distinguió una luz más fuerte que las demás sobre el hueco de una puerta acristalada. Era un restaurante barato. Recordaba haberlo visto al pasar frente a él en el coche de alquiler. Esto le hizo pensar que su estómago estaba vacío. Quizá allí pudiera tomar alguna cosa mientras esperaba a la señorita Harvey.

Avivó el paso hacia la luz.

La zona frontal a la nave-almacén estaba muy oscura. La edificación proyectaba su sombra contra el suelo, alargada, inmóvil. No se veía un alma por los alrededores y el silencio pesaba sobre el lugar como si se tratara de algo material.

Swanson se desvió de la carretera y para ganar terreno atravesó el espacio oscuro casi pegado a los muros del almacén. Tuvo que sortear unos fardos y unos embalajes de madera, reforzados por tiras metálicas, que seguramente estarían esperando al día siguiente para ser transportados a los lugares que se indicaban en sus costados.

Al avanzar unos pasos más, delante de él, junto a unos cajones astillados, oyó un ruido. El instinto de conservación, acentuado hasta el límite en los de su profesión, le hizo detenerse. Su mirada recorrió la oscuridad atentamente.

Nada. Ningún indicio quebrantaba la absoluta inmovilidad existente a su alrededor. Sin embargo, el ruido volvió a producirse de nuevo allí, junto a los cajones astillados. Era como el removerse de algo animado, de algo con vida propia, que permanecía oculto a sus ojos, protegido por aquellas tablas.

El federal avanzó en línea recta.

Era extraño. ¿Por qué su instinto ordenaba a su cerebro mantenerse alerta? El subconsciente le hacía presentir un peligro aparentemente inexplicable.

Estaba ya casi junto a los cajones. Dos pasos más y podría tocarlos con las manos.

De pronto algo se movió entre ellos y algunas tablas sueltas cayeron al suelo. Un quejido lastimero y una sombra alargada salió huyendo como un rayo.

Alec soltó una carcajada. Sus pasos acababan de turbar el apacible sueño de un perro vagabundo, que, con el rabo entre las piernas, desapareció por uno de los costados del almacén.

—Extraordinario —murmuró el policía entre dientes—. La primera vez en mi vida que confundo a un perro con un enemigo.

Y no había terminado de hacerse esta reflexión, cuando tuvo la impresión de no estar solo en medio de la oscuridad. «Sintió» que

alguien lo observaba. Captó la impalpable mirada de unos ojos a su espalda.

Fue a girar rápidamente, pero entonces un bulto saltó desde las tinieblas y cayó sobre sus hombros con tremenda fuerza. Un tentáculo poderoso enlazó su cuello y sintió sobre la garganta el frío contacto de un cuchillo.

—¡Quieto, condenado, o te rebano la yugular! —resopló a su oído una voz ronca, contenida.

Alec Swanson no se movió. El tono de voz de su atacante y la punta de aquel cuchillo le hicieron comprender que ésta era la mejor solución que podía tomar.

—¿Para qué buscas a la señorita Harvey?

—Extraña manera de hacer una pregunta, amigo —pudo susurrar Alec, medio ahogado por la presión del brazo del otro.

—No tengo tiempo para perderlo con tonterías —aseguró el del cuchillo—, ¡Contesta!

—Tengo que hablar con ella.

—¿De qué?

—De nuestras cosas.

La punta del cuchillo, rasgando la epidermis, dio a entender a Alec que su propietario no estaba de acuerdo con la respuesta.

—¿Qué asuntos son éstos?

—Está bien, amigo; deja ya de hacerme cosquillas con ese punzón. Le traigo noticias de su hermano.

—¿Qué noticias?

—Supongo que malas. Rudolph Harvey ha muerto.

Al desconocido pareció satisfacerle la respuesta, porque el arma que empuñaba no se movió. Cuando habló, su voz era silbante.

—Escucha una cosa; te vas a largar de aquí ahora mismo, ¿entiendes?

—No puede estar más claro.

—Y esta misma noche coges el tren de Nueva York y no vuelves a aparecer por estos lugares.

—¿Y quién le dice a la señorita Harvey lo de su hermano?

—preguntó Alec.

El desconocido dejó escapar una risita.

—No te preocupes. Ya habrá ocasión. Ahora te voy a soltar y te largas sin volver la vista atrás, a menos que quieras que hunda este cuchillo en tus espaldas, ¿comprendes?

—Sí.

El desconocido aflojó el brazo en torno al cuello de Alec y se separó de él.

—Andando —ordenó.

Pero el federal no estaba de acuerdo con esta orden. Su reacción fue tan fulminante, que pilló por sorpresa al individuo del cuchillo, que probablemente no se figuraba, ni por casualidad, que existiera una persona de reflejos tan meteóricos.

Calculando por la respiración la distancia que le separaba de su enemigo, Alec se revolvió asestando un terrible golpe con el codo en el estómago de aquél, al mismo tiempo que su mano izquierda, con presión matemática, se aferraba a la muñeca armada.

El tipo lanzó un gruñido, mezcla de dolor y de sorpresa. Pasados los primeros instantes se defendió fieramente, intentando liberar la mano derecha. Pronto comprendió que era inútil. La diestra del federal, como un grillete, se apretaba más y más, con fuerza trituradora, sobre su muñeca.

Por último, la terrible presión le hizo abrir la mano y el cuchillo resbaló al suelo. Un juramento salió de su garganta al verse desarmado. Quiso atacar con los puños. Más en este terreno llevaba una clara desventaja.

Un feroz golpe debajo de la barbilla le despidió hacia atrás violentamente. Alec no le dejó caer al suelo. Saltando sobre él, le retuvo por las solapas de la americana con una sola mano y le castigó el rostro, implacablemente, con el dorso de la otra.

Los ojos del hombre comenzaron a enturbiarse. Rojos surcos aparecieron en sus mejillas y la sangre brotó de sus narices, resbalando por la barbilla y por el cuello.

—¡Basta... basta...! —pidió en un ronco gemido, incapaz de contener el aluvión.

La mano de Swanson se detuvo. Siguió sosteniendo al sujeto por las solapas, apoyándole la espalda contra el muro de la nave. Entonces, en la penumbra, pudo fijarse en la sangrienta cara de su enemigo.

Le esperaba otra sorpresa. Era el tipo que encontrara al otro lado de la cerca en el hotelito de la señorita Harvey y que tan amablemente le ofreció su casa para que pudiera esperar en ella.

—Ahora soy yo el que hace las preguntas, amigo —informó el policía— ¿Dónde está la señorita Harvey?

—No... no sé. Yo... —tartamudeó el castigado hombre.

Los nudillos de Alec entraron en violento contacto con la boca del otro. La sangre resbaló por las comisuras de los labios más abundantemente.

—¡No... no me pegue! —suplicó el hombre.

Sus agrandados ojos giraban dentro de las cuencas como los de un muñeco de feria.

—¡Contesta! —ordenó el federal—. ¡O te dejo la cara que no te va a conocer ni tu propia madre!

El individuo apretó los ensangrentados labios. Alec alzó el puño.

—¡No... no! —sollozó—. Se lo diré. Taberna del «Israelita», Sheridan Street, 140.

—¿Quién la ha llevado allí?

—Dos amigos míos.

—¿Para quién trabajan?

—No lo sé.

Alec le levantó y le atrajo hacia sí. Su rostro quedó a escasas pulgadas del otro. Silbó:

—¡No me mientas!

El hombre temblaba como una hoja. Los surcos rojos de su rostro empezaban a tornarse morados y la hinchazón comenzaba a actuar sobre los labios, los ojos y las narices.

—¡Le juro que no lo sé! —lloriqueó—. Esta mañana nos contrató un tipo. Un forastero. Nos prometió trescientos «pavos» por

esconder a esa mujer en cualquier sitio que nosotros supiéramos seguro.

—¿Nada más?

—Nos ordenó vigilar la casa y... —vaciló unos instantes, lanzó un escupitajo de sangre al suelo y prosiguió—... y «liquidar» a cualquiera que viniera preguntando por ella desde Nueva York.

—¿Y no sabes quién era el tipo?

—Le juro que no, señor. Nos hacía falta el dinero, pero... pero yo no soy un asesino. ¡No he matado nunca a nadie, se lo juro!

Alec soltó al hombre, que cayó al suelo, sollozando. Quedó en él hecho un ovillo, tapándose el rostro con las manos.

Aquel sujeto no podía aclararle más. Era un miserable, cobarde como todos lo de su especie, que sólo era capaz de hacer daño atacando traidoramente por la espalda.

Le repugnaba tener que dejarle inconsciente en el estado en que se encontraba; pero era necesario hacerlo si quería allanar obstáculos demasiado engorrosos.

El borde de su mano derecha descendió, en un golpe seco, sobre el cuello del caído. Una violenta contracción del cuerpo y los sollozos cesaron.

* * *

El «Israelita» era un sujeto escuálido, de rostro anguloso y afilada nariz de «pico de loro» que denunciaba claramente su condición racial. Se hallaba detrás del sucio mostrador de su taberna-restaurant, encorvado sobre el cajón del dinero, contando meticulosamente la recaudación del día.

Al entrar Alec Swanson los ojillos del judío se clavaron en él con cierto recelo. Inmediatamente dejó los billetes que sobaba dentro del cajón y cerró éste, apresuradamente, con una llave, que fue a parar al interior de su mugrienta chaqueta.

Mientras avanzaba hacia el mostrador, el federal pudo observar el establecimiento. Era una tabernucha de ínfima condición, que

apestaba a cerveza agria y a arenque ahumado. Algunas mesas de pino se alineaban pegadas a las deterioradas paredes. En una de aquéllas, dos tipos, con barba de varios días y mugrientas gorras de visera, sorbían, en vasos de gruesos cristales, un líquido oscuro. Levantaron la vista hacia el federal, indiferentes, al oír los pasos.

—Buenas noches, señor —sonrió el «Israelita», enseñando sus amarillos dientes de liebre—. Es ya un poco tarde; pero, de todas formas, puedo prepararle un «hot-dog» y un vaso de cerveza.

Swanson permaneció en silencio unos segundos a la vista del campo de operaciones. Intentaba calcular hasta qué punto podía ser peligrosa su misión. El judío no parecía valer gran cosa. En cuanto a los dos tipos del rincón... Aquéllos podían resultar malos enemigos. Probablemente eran los secuaces del que le atacó frente a la nave-almacén.

La sorpresa podía ser buena aliada. Con pasmosa naturalidad preguntó:

—¿Dónde está la señorita Harvey?

La pregunta resultó tan inesperada, que el enclenque judío estuvo a punto de quedar sin respiración. Sus pupilas giraron asustadas, se atragantó varias veces y, por fin, sonrió forzosamente.

—¿Qué... qué dice, señor? No entiendo.

Más su reacción resultó inequívoca para Alec. Primero la sorpresa y después los nervios traicionaron al hombrecillo.

—Policía federal —anunció Swanson, poniendo ante las picudas narices del tabernero su carnet.

Esto terminó de destrozar al «Israelita». Palideció, entrechocó los nudillos de sus manos y murmuró algunas palabras incoherentes.

—Yo... no... le aseguro...

Y su mirada solicitaba, desesperadamente, la ayuda de los dos tipos del rincón.

Swanson comprendió que debía seguir utilizando la sorpresa.

Vic que detrás del tabernero una andrajosa cortina tapaba la entrada a algún sitio. Probablemente al almacén o bodega.

Entretanto, los dos bebedores, que aunque no oyeron la conversación, no se perdían detalle de la escena, comenzaron a andar hacia el mostrador. Alec oyó el arrastrar de sus pies.

No esperó más. De un manotazo desplazó al judío hacia atrás y poniendo una mano sobre el mostrador, lo saltó limpiamente. Rápidamente apartó la cortina. Una amplia estancia, llena de humedad, de barriles de cerveza y de trastos inservibles, se presentó a sus ojos. Al fondo, una puerta. En dos zancadas la alcanzó.

Iba a empujar la hoja de madera cuando a sus espaldas oyó el ruido característico de las navajas de muelle al ser abiertas. Llevóse la mano a la axila y giró sobre sus talones al tiempo que un rayo acerado silbaba en el aire, junto a su oreja izquierda, y se hundía, con un golpe seco, desagradable, en la madera de la puerta.

Frente a él estaban los dos tipos de la gorra, siniestros, amenazadores, con un destello asesino en las turbias pupilas. Un juramento brotó de la garganta del primero de ellos al ver que su navaja no había encontrado el cuello de la víctima. El segundo alzó el brazo. La acerada hoja de su arma brilló en la mano. Más no tuvo ocasión de terminar el veloz movimiento.

Alec Swanson apretó el gatillo de su «Luger». La detonación retumbó contra las desconchadas y desnudas paredes. El hombre quedó con el brazo levantado, inmóvil, como petrificado. Luego fue doblándose lentamente hasta derrumbarse sordamente en el entarimado.

El otro individuo miró aterrado a su caído compañero y después a la negra pistola que el federal empuñaba. Su rostro comenzó a desencajarse y a volverse gris. Temblaron sus labios. Babeó...

—¡No... no me mate, señor!

Alec levantó el cañón de la pistola hacia él.

—Dime dónde tenéis a la señorita Harvey y luego pensaré si te dejo con vida.

El hombre señaló con un dedo tembloroso la puerta situada detrás del policía federal.

—Ahí dentro... pero no es cosa nuestra... nos dijeron...

—Calla la boca. A nadie le interesa saber lo que os dijeron.

—Sí... sí, señor.

—¡Vamos, abre de prisa! —ordenó Alec echándose a un lado.

El tipo tuvo que hacer un gran esfuerzo. Sus piernas se empeñaban en no querer moverse. Finalmente, logró acercarse y empujar la puerta. Chirriaron los goznes y un negro hueco quedó al descubierto.

—Ya está.

—¿Hay luz?

—Sí.

—Enciéndela.

Alec hundió el cañón de la pistola en los riñones del otro y lo empujó al interior. Poco después una raquítica bombilla iluminaba malamente la bodega. A su escasa luz, en un rincón, tendido en el suelo, Alec pudo ver el cuerpo de una mujer. Estaba sólidamente atada con una cuerda. Un sucio pañuelo le servía de mordaza. Sus ojos brillaban asustados.

—¡Desátala! —ordenó Alec al de la mugrienta gorra de visera.

El tipo obedeció. La mujer permaneció en el suelo sin poder levantarse. Probablemente tenía los miembros entumecidos por la inmovilidad y la atmósfera húmeda que allí reinaba.

Alec Swanson se acercó a ella y le ayudó. Entonces pudo observarla bien y quedó gratamente sorprendido. A juzgar por la edad de Rudolph Harvey, tenía hecha la idea de que su hermana sería una solterona madura. Sin embargo, la mujer que sostenía por la cintura era una joven rubia, de ojos azules, que no pasaría de las veinte primaveras, si es que llegaba a ellas.

—¿Quién... quién es usted? —susurró, mirando espantada al federal—. ¿Qué pretenden hacer conmigo?

—Esté tranquila, señorita Harvey —le animó Alec—. Nadie va a hacerla nada. Ahora ya ha pasado todo.

Los azules ojos se detuvieron en la miserable figura del tipo de la gorra. Temblaron sus labios convulsivamente.

—¡Este... este hombre! —su voz era débil, apagada—. Me dijeron que venían de parte de mi hermano...

Alec no contestó. Sacó de aquel lugar a la muchacha, haciendo avanzar delante de él al hombre.

Arrinconado detrás del mostrador, donde Swanson le dejara, seguía el judío, encogido, tiritando de miedo, saliéndole el terror por los minúsculos ojillos.

—Levántese de ahí —ordenó el federal, apuntándole con la «Luger»—. Y traiga un vaso de algo fuerte. Whisky o ron.

El «Israelita» dio un salto y, con una celeridad que contrastaba con su anterior quietud, hizo lo que le decían.

—Beba esto, señorita —ofreció Alec el vaso a la joven—. Le sentará bien.

Mientras la hermana de Rudolph Harvey intentaba reponerse, tomando pequeños sorbos de whisky, Alec Swanson buscó en la guía el teléfono del sheriff y le dio la dirección de donde se encontraba, asegurándole que si se presentaba allí antes de un cuarto de hora, podría poner las esposas a tres indeseables de Dayton, uno de los cuales se hallaba gravemente herido.

Cuando Alec colgó el auricular, no sabía que alguien, desde el exterior de la taberna, había estado observando la escena. La figura de un hombre, pegada a los sucios cristales de la puerta de entrada, vigiló durante unos instantes el interior. Luego lanzó una imprecación en voz baja y, dando media vuelta, se alejó velozmente.

* * *

Un cable dirigido a Edwin Kenneth anunció la llegada a Nueva York del agente Alec Swanson y de su acompañante, la señorita Harvey. No podía ser más oportuna la noticia. La presencia de la joven era muy interesante para el F.B.I, en aquellos momentos en que un hecho desconcertante, como todos los de aquel caso, acababa de producirse.

La noche anterior el patrón de una barcaza de transporte tropezó, en las aguas del Hudson, con un bulto negro, que flotaba en la superficie. Izado a cubierta, se comprobó que era el cadáver, terriblemente hinchado de un hombre, que presentaba los primeros síntomas de descomposición. La Policía Metropolitana se hizo cargo de él, se tiraron varias placas y las copias fotográficas fueron enviadas a las distintas Jefaturas y a la Oficina Federal. Inmediatamente la personalidad del muerto fue esclarecida. ¡Se trataba de Rudolph Harvey!

Una nueva incógnita se acumulaba a las ya existentes. De por sí ya era un hecho extraño, que el cadáver de un hombre fuera robado; pero resultaba mucho más extraordinario, que dicho cadáver fuera abandonado en las aguas del río a los dos días de su rapto. ¿Qué representaba, en realidad, para los raptos, el cuerpo de Rudolph Harvey? ¿Qué habían buscado en él? ¿Estaba o había estado en el cadáver de aquel hombre la explicación del misterio con el cual se enfrentaba el F.B.I.?

* * *

Un «Chevrolet» negro esperó en la misma estación a Alec Swanson y a la joven. Al bajar del tren, el federal lo vio enseguida. Estaba ocupado por Edwin Kenneth, el rubio agente Bat Wells y un hombre que se sentaba al volante.

Llevando del brazo a la joven, Alec se acercó.

—¿Qué tal, jefe? Hola, Bat —saludó, cuando la mujer y él estuvieron acomodados en el interior.

A una orden del inspector Kenneth el negro automóvil arrancó.

—Jefe —Alec señaló a la rubia joven—. Le presento a Mary Harvey. Una gran muchacha, se lo aseguro. Ha encajado admirablemente lo... lo de su hermano.

—Siento lo ocurrido, señorita Harvey —murmuró el inspector—, Y quiero pedirle, que nos perdone las molestias que podamos ocasionarle.

Mary Harvey sonrió tristemente.

—Le estoy muy agradecida —respondió—. Si no hubiera sido por el valor del señor Swanson, a estas horas estaría probablemente haciendo compañía a mi pobre hermano.

Bat Walls miró a su compañero. Hubiera jurado que se acababa de poner colorado. Kenneth se volvió también hacia el héroe para preguntar:

—¿Tropezaste con alguna dificultad, Alec?

—Unos tipos se empeñaron en hacer de mi cuerpo una funda para sus navajas. No tuve más remedio que ponerlos en manos del sheriff de Dayton.

El atlético agente narró los hechos acaecidos en la ciudad de Ohio y su intervención en ellos. La última parte fue contada por Mary Harvey, con un entusiasmo que hizo enrojecer las orejas de Swanson.

Kenneth escuchaba fumando un cigarrillo, echado hacia atrás en el asiento, junto a la hermana de Rudolph Harvey.

—¿Quiénes eran esos individuos? —preguntó cuándo la joven hubo asegurado, por quinta vez, que Alec era el hombre más valiente del mundo.

—Delincuentes habituales —explicó Swanson—, Trabajaban por dinero. No tenían ni idea de quién era el sujeto que les pagó. Únicamente me aseguraron que era forastero en Dayton.

—Como ve, señorita Harvey, los asesinos de su hermano trabajan en la sombra, sin dejar rastro. En estas circunstancias, la colaboración de usted nos sería de gran utilidad.

—Cuenta con ella, inspector. Al señor Swanson ya le he dicho todo lo que sé. Si puedo hacer algo más...

Kenneth asintió.

—Si no le molesta, desearía oír de sus labios lo que ya conoce Alec.

—Con mucho gusto —accedió la joven—. En realidad, todos los datos que creo puedan servirles de algo están contenidos en una

carta, que recibí de mi hermano hace seis días. Estaba fechada en La Habana.

Mary Harvey hizo una pausa. Buscó en su bolso un paquete de cigarrillos y encendió uno con la llama que Bat Wells le ofreció. Aspiró el humo y fijó su mirada en el techo del vehículo.

—La carta a la que me refiero era bastante extraña. En un principio me sorprendió y luego mi sorpresa se convirtió en miedo.

—¿Tiene esa carta en su poder? —intervino Kenneth.

Los azules ojos de Mary Harvey se encontraron con los del inspector.

—Lo siento, señor Kenneth. No la tengo.

—Los tipos que la raptaron registraron la casa —informó Alec Swanson—, Quemaron todos los papeles que encontraron en ella.

—Eso quiere decir que conocían su existencia —intervino Bat Wells.

—Desgraciadamente, viejo —murmuró Alec—, nuestros enemigos conocen demasiadas cosas. Justamente lo contrario que nosotros, que no sabemos nada.

—Vayamos al contenido de la carta, señorita —intervino el inspector—, ¿Qué decía en ella su hermano?

La joven continuó.

—Me hablaba de sus vacaciones en Cuba, de sus correrías por las pequeñas islas del mar Caribe y de algo que encontró en una de estas islas. Esto fue lo que me sorprendió. Recuerdo las palabras textuales: «...y he descubierto, casualmente, algo terrible, algo que hará temblar de pavor a los Estados Unidos.» Pero no explicaba qué era ese «algo».

Los azules ojos de Mary Harvey recorrieron uno por uno los impassibles rostros de los tres federales. Edwin Kenneth preguntó:

—¿Sabe usted a qué podía referirse?

—No tengo la menor idea.

—¿Decía el nombre o, por lo menos, la situación de esa isla? —prosiguió Kenneth.

—No.

—Evidentemente no es mucho; pero, por lo menos, es más de lo que sabíamos. ¿Explicaba algo más?

—Sí. Rudolph seguía diciendo que, con esa misma fecha, escribía a su jefe, Joseph Jenkins, dándole detalles de su extraordinario descubrimiento.

—Eso indica —intervino Bat Wells—, que no consideraba muy segura su vida. De lo contrario, no se hubiera atrevido a redactar dos cartas que, a juzgar por los hechos posteriores, resultaron ser tan peligrosas.

—Sin duda él sabía que su descubrimiento era peligroso —asintió la joven—. Sus palabras siguientes lo demostraban. Me rogaba guardar el más absoluto silencio sobre su escrito, a menos que leyera en la prensa, que al señor Jenkins le había pasado algo.

—¿Qué debía hacer en este último caso? —interrogó Wells.

—Acudir a la policía.

Bat Wells se echó hacia atrás en el asiento.

—Indudablemente su hermano, señorita, nos ha planteado un problema de difícil solución. Se ve que escogió a Jenkins para que cargara con todo el peso de la cuestión; pero dejó una segunda pista, en la carta que le escribió a usted, para el caso de que fallara la primera información, como, desgraciadamente, así ha sucedido.

El inspector Kenneth permanecía silencioso, acariciándose el mentón con la mano derecha. Mientras su colaborador y Mary Harvey hablaban, su cerebro trabajaba, infatigable, como una máquina de exacta precisión.

Entretanto, el «Chevrolet» daba fin a su viaje por las calles neoyorquinas y se detenía ante un edificio gris, de soberbia construcción, rodeado por una verja metálica de considerable altura.

—Estamos en la Morgue, señorita Harvey —informó Bat—, Ahora debe usted ser valiente.

La joven miró con temor la edificación, de impresionante sencillez, que se alzaba ante sus ojos.

—Acaso está ahí mí... —murmuró, señalando con un dedo tembloroso la alta verja.

Bat Wells asintió con la cabeza.

—Queremos que lo identifique —dijo el inspector.

Mary Harvey asintió en silencio mientras bajaba del automóvil, ayudada por Alec. Su mirada no se apartaba de la alta verja.

—Espéranos, Landis —ordenó Kenneth al hombre del volante.

—A sus órdenes, señor.

El depósito de cadáveres era una nave alargada, impresionante, de fría temperatura, cuyos muros estaban cubiertos de nichos en cada uno de los cuales se introducía una alargada caja metálica, que salía, deslizándose sobre invisibles carriles, como los cajones de un fichero, al tirar de la anilla colocada para tal efecto.

En el centro de la nave, al iluminar ésta con la luz eléctrica, apareció una mesa de mármol. Mary Harvey sintió un escalofrío al tropezar su mirada con ella. Una especie de sábana ocultaba un cuerpo cuyas formas se marcaban bajo la blanca tela con pavorosa exactitud. La joven notó como si una invisible, pero poderosa mano la empujara hacia atrás, hacia la puerta de salida. Tuvo que apoyarse en el brazo de Alec Swanson.

—Adelante —ordenó Kenneth, al empleado que los acompañaba.

Se acercaron. La inmovilidad de la blanca sábana era terrible, absoluta, terminante. La muchacha clavó sus asustados ojos en ella y se mordió los labios.

Con un brusco movimiento, el empleado descubrió la parte superior del cadáver. Mary tuvo que apoyarse en el antebrazo de Alec. Su mirada quedó quieta, hipnotizada, en aquel desfigurado rostro. Un silencio expectante, casi sólido, les envolvía.

Un ronco quejido brotó de la reseca garganta de la joven. Su cabeza se venció sobre el fuerte hombro de Alec Swanson.

—¡Es terrible! —exclamó.

A una indicación del inspector Kenneth, el empleado fue a tapar de nuevo el cuerpo. Pero entonces Mary Harvey irguió la cabeza. Estaba lívida y los latidos de su corazón se reflejaban en las azules venas del cuello. Su voz se dejó oír en aquella silenciosa soledad.

—¡Un momento!

El funcionario de la Morgue detuvo su mano. Todos miraron a Mary Harvey, que, pálida, vacilante, avanzó un paso. Sus ojos se clavaron otra vez en aquella máscara inerte, horrible, cerúlea. Sus labios se movieron y lo que dijo fue oído claramente por todos.

—Este hombre no es mi hermano.

Capítulo 5

LA sorprendente declaración de Mary Harvey abría otros horizontes a aquel extraordinario caso. El inspector Edwin Kenneth y sus colaboradores se encontraban, inopinadamente, ante un nuevo panorama.

Era evidente, que si el cadáver descubierto en el Hudson no pertenecía a Rudolph Harvey, era porque éste se encontraba vivo en algún sitio.

Kenneth comprendía ahora por qué aquel cadáver fue raptado; los asesinos sospecharon la suplantación de personalidad y quisieron convencerse de ello, lo cual venía a probar, que el ejecutor de la muerte no conocía personalmente a la víctima.

El inmediato y urgente trabajo del F.B.I., era localizar al desaparecido Harvey, ya que ahora, que sus enemigos sabían que no estaba muerto, que su intento de asesinato había fracasado, él y su secreto volvían a adquirir una importancia al parecer vital para ellos. Se planteaba una caza encarnizada, sin respiros ni concesiones, a la carrera.

La máquina de la Ley se desplegó. Fueron cursadas a toda la Nación las señas personales de Rudolph Harvey y una red de agentes federales se extendió a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos. En los puertos y en los aeropuertos se duplicó la vigilancia, sobre todo en los de la zona comprendida entre la península de Florida y Nueva York. Asimismo un agente especial fue enviado a La Habana, encargado de seguir desde allí el rastro de Harvey.

* * *

La vigilancia de los pasajeros del «Cincinatti», por parte de los agentes especiales, seguía su marcha, ahora intensificada. A But Wells le tocó en suerte la venezolana embarcada en Cuba.

En la lista de pasajeros figuraba con el nombre de Sylvia Laredo. Era una mujer de unos veintidós años, alta, de pelo negro y liso, que se recogía en la nuca, formando un gran moño. Sus grandes ojos, de sereno mirar, daban a su rostro una belleza particularísima.

Desde el hotel de segunda categoría, en la Tercera Avenida, donde se hospedaba, era seguida diariamente por el rubio agente especial. Todos sus actos quedaban registrados en el cerebro del policía, aunque bien es verdad que, dichos actos, no tenían nada de sospechosos ni de extraordinarios.

La joven parecía estar en Nueva York en plan turístico y Bat Wells comenzó a aburrirse de su constante deambular de un lado a otro de la enorme ciudad. Nunca se pudo imaginar que Manhattan, Brooklyn, Harlem o New Jersey fueran tan inmensamente grandes. En pos de la joven, se vio obligado a visitar el Aquarium, Central Park, la playa popular de Coney Island...

—Si por lo menos pudiera ir a su lado —pensaba el federal—. Porque hay que reconocer que la chica no está nada mal.

Aquella tarde a la venezolana parecía haberla dado por la Bowery.

En un coche de alquiler se hizo conducir hasta el enrevesado y cosmopolita rincón donde se agrupan, por nacionalidades, la mayoría de los extranjeros que, por una causa u otra, estabilizan su vida en el gran Nueva York.

La joven abandonó el taxi en las cercanías de Rivington Street, en el barrio judío, y avanzó despacio al encuentro de dicha calle, mirando detenidamente las modestas y antiguas casas. Un viejo de nariz ganchuda se acercó a ella para ofrecerle la mercancía, que llevaba en una caja, sujeta por detrás del cuello con una correa. La mujer compró algo e hizo una pregunta al vendedor. Este señaló, con un huesudo dedo, hacia adelante.

Varias yardas detrás de ella, ya en Rivington Street, Bat Wells vio cómo la muchacha avanzaba decidida hacia el hueco de un portal.

Al llegar a él se detuvo y miró a su alrededor. Por unos momentos pareció indecisa. Volvió a mirar a un lado y a otro y, por fin, ella y su indecisión desaparecieron por la oscura entrada.

Wells apresuró sus pasos. De una rápida ojeada catalogó la clase de edificio que tenía ante sus ojos. Una especie de desilusión, de pequeño desengaño, se apoderó de él. ¿Sería posible que aquella mujer no fuera más que...? No. Era imposible. Su aspecto no la denunciaba como tal. El federal no solía equivocarse nunca en estas cosas. Y, sin embargo, no cabía duda alguna sobre la condición de la casa. Bat sabía perfectamente lo que se escondía detrás de las cuadradas ventanas, herméticamente cerradas, del primer piso.

Antes de que sus pensamientos llegaran a una conclusión, ya estaba subiendo los gastados peldaños de madera de la oscura escalera. Deseaba salir de dudas. No veía clara la relación existente entre Sylvia Laredo y aquel miserable burdel.

En el descansillo, una sola puerta, entornada, se presentó a sus ojos. La empujó. Encontróse en un reducido vestíbulo, pobremente iluminado, de cuyas paredes colgaban algunos espejos antiguos, en estado lastimoso, y dos o tres cuadros, que no tenían nada que envidiar a los espejos.

Una vieja, sentada en una silla, recostada contra la pared, sujetaba entre sus amarillentos dientes un largo y delgado cigarro habano. Al ver al federal escupió un salivazo negruzco contra el suelo, por el lado opuesto al del cigarro, clavó en él una reluciente mirada de bruja y una risa cascada bailó en sus resechos labios. Señaló, con un dedo largo como un sable, hacia el fondo del pasillo, que salía del vestíbulo.

Bat Wells no se movió. Esperó a que la vieja volviera a escupir y entonces habló:

—¿Dónde está la mujer que acaba de subir ahora mismo?

La bruja le miró mientras se arrascaba las narices con el índice.

—¿Qué mujer?

—No se haga la distraída, abuelita. Me refiero a Sylvia Laredo.

—¿Sylvia Laredo... Sylvia Laredo...? No conozco a ninguna que se llame así. Pero no creo que el nombre pueda importar mucho, ¿eh, muchacho? ¡Ji, ji!

—A mí sí me importa.

La mujeruca retiró el cigarro de su boca y afianzó las cuatro patas de la silla y las dos suyas en el suelo. Iba a decir algo cuando por la primera de las puertas, que jalonaban el largo pasillo, apareció una mujer de unos treinta y cinco años, que avanzó hacia el vestíbulo. Sus labios, sus ojos y sus mejillas, soportaban una cantidad de pintura, que dejaban en pañales a un «clown». Sonreía. El vestido, demasiado estrecho para su robusta constitución, parecía a punto de estallar por las costuras.

—¿Qué hay, «baby»? —saludó—, ¿Tienes especial interés por alguien?

—¿Quién es la dueña de esto? —preguntó, a su vez, el federal.

—Yo soy la dueña —afirmó la mujer—. ¿Tal vez quieres formularme alguna queja? ¿No te han atendido bien?

—Oye, «madame», escucha esto; acaba de entrar en tu casa una mujer que se llama Sylvia Laredo.

—Que yo sepa aquí no hay ninguna Sylvia... ¿Cómo has dicho? ¡Ah, sí! Sylvia Laredo.

—Es posible que tú no lo sepas, pero está aquí.

—Mira, «baby», yo sé muy bien a quién admito en mi casa. De forma, que es una lástima que perdamos así el tiempo.

—Tienes razón —asintió Bat—, Creo que debía haber empezado por esto.

Y ante los embadurnados ojos de «madame» colocó el carnet en el que las letras F.B.I, resaltaban con inquietante claridad. La mujer miró la documentación, luego a Bat y de nuevo las terribles iniciales del Federal Bureau of Investigation.

—Bueno... yo... —intentó sonreír, aunque malditas las ganas que tenía de hacerlo—... yo pago impuestos, ¿sabes, «baby»?

—Me parece muy bien, pero ahora tus impuestos no me interesan. ¿Vas a conducirme hasta Sylvia Laredo?

«Madame» seguía sonriendo forzosamente. Varias veces intentó decir algo, pero se debió arrepentir, o quizá se le atragantaron las palabras.

Y fue entonces, en este breve y embarazoso período de silencio, cuando Bat Wells pudo oír algo, que le llamó poderosamente la atención. Primero fue un murmullo, que, poco a poco, se convirtió en una pareja de voces airadas. Parecían discutir acaloradamente en algún sitio cercano. Eran un hombre y una mujer. No se entendía lo que decían.

El federal guardó su carnet y avanzó unos pasos, tratando de orientarse. La vieja y la otra mujer se miraron y palidecieron. Los antiguos espejos reflejaron sus quietas figuras mientras Bat Wells alcanzaba el penumbroso pasillo.

Escuchó durante unos segundos. Ahora únicamente se percibía la voz masculina, en tono bajo, contenido. Sonaba allí mismo, al otro lado de la puerta más próxima. Al callar la mujer y convertirse el diálogo en monólogo, el policía pudo captar algunas frases incompletas.

Una sonrisa de triunfo curvó sus labios. Acababa de oír algo inesperado; algo que quizá pudiera explicar muchas cosas; algo que le arrancó de raíz el hastío producido por una monótona y aburrida persecución de varios días.

Y se dispuso a actuar.

Empujó la puerta tras la cual sonaban las voces. Esta no cedió. El individuo situado tras ella dejó de hablar. Lo hizo bruscamente, a mitad de una frase. Bat creyó percibir el grito contenido, ahogado, de la mujer.

Retrocedió unos pasos. Era necesario intervenir con rapidez, ya que los de dentro estaban alertados. Su mano derecha apareció armada con la negra y certera «Luger» de los agentes federales. Las mujeres del vestíbulo gritaron como si hubieran visto una rata.

Coincidiendo con el grito, el largo y desgarbado cuerpo de Bat saltó, como un obús, contra la cerrada y no muy robusta puerta. Un encontronazo terrible, una violenta sacudida, el chasquido de algo que se rompe y...

* * *

A Sylvia Laredo le temblaban las piernas al llegar junto a la puerta de la habitación. Se detuvo un momento y respiró con fuerza. Por la rendija se escapaba una luz mortecina, miserable, como el sitio al que pertenecía.

Dominando la repugnancia empujó la puerta y se introdujo en la estancia.

La puerta se cerró tras ella. El mobiliario era sencillo y vulgar. Una cama, una mesa y dos sillas. En un rincón, una gran maleta de cuero, y sobre la mesa, lo único que desentonaba fuertemente en aquel ambiente de vulgaridad, una emisora portátil de radio.

Un hombre, con los auriculares puestos, manipulaba en él. Al oír el ruido de la puerta se volvió. Sus ojos tropezaron con la joven y una sombra de ira pasó por ellos. Se quitó los auriculares y su rostro, de rasgos pronunciados y labios descoloridos, se congestionó.

—¿No te he dicho que no vinieras aquí? —estalló con voz vibrante, sonora.

—No podía aguantar más, Kosta. Necesito saber qué pasa. Yo he cumplido con la orden que me disteis. Mi padre...

—¿Te das cuenta de la imprudencia que has cometido? —le interrumpió el llamado Kosta, abriendo unas pulgadas la cerrada contraventana y mirando al exterior—. Pueden haberte seguido.

—¿Quién va a seguirme? Nadie sospecha de mí. Nadie me conoce.

—¡Maldita sea! —masculló el hombre—, ¡Nadie te conoce! ¿Crees que eso es motivo suficiente? ¿Crees que la policía norteamericana es tonta?

—No trates de asustarme. No vas a conseguirlo.

—Intento hacerte ver la realidad. Todos los pasajeros del «Cincinatti» están vigilados.

La joven se acercó a él. Su mirada encerraba una ansiosa súplica, pero no por las palabras que acababa de pronunciar su

interlocutor.

—He venido para hablar de lo mío. Por lo que más quieras, Kosta. ¿Has comunicado con «ellos»? ¿Les has dicho que he cumplido lo que me ordenaron?

Kosta abandonó la vigilancia de la ventana y se encaró con la muchacha.

—¿Cómo sabes que no te han seguido? —insistió.

—¡Oh! —exclamó ella, con un movimiento brusco de cabeza—. ¡Lo sé, lo sé y basta! Ahora contesta a mi pregunta. ¿Qué han dicho «ellos»?

Por un momento, las pupilas del hombre brillaron burlonamente; pero fue sólo un instante, como un esbozo irónico. Sus ojos tornaron a ser duros inmediatamente.

—Quieres saber algo, ¿eh? —hizo una pausa, quizá para que sus siguientes palabras causaran mayor efecto—. Pues bien, todo lo que tengo que decirte es esto; te has equivocado.

—No te entiendo.

—¡Sí, te has equivocado! Está bien claro, ¿no? El tipo del «Cincinatti» no era el hombre que buscamos.

Sylvia Laredo se llevó la palma de la mano a los labios, como para ahogar un pequeño grito.

—¡No es posible! —exclamó—. Me aseguré bien. Su documentación estaba a nombre de Rudolph Harvey.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿No está tu pasaporte a nombre de Sylvia Laredo?

La mujer meneaba lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Entonces... entonces no era él —parecía hablar consigo misma. Y después, levantando la mirada hacia Kosta—. Pero yo cumplí las órdenes que me dieron. El error no es mío. ¡Tú lo sabes, Kosta!

El hombre se encogió de hombros y señaló la emisora de radio con un movimiento de cabeza.

—Acabo de comunicar con ZX-35 —se limitó a decir.

—¿Qué ha dicho?

—Quieren que vuelvas inmediatamente.

Las manos de Sylvia se crisparon sobre el bolso de piel y sus labios temblaron. Sabía muy bien lo que significaba aquella frase.

—¡No! —gritó—, ¡No fue eso lo que me prometieron! ¿Y mi padre? ¿Te han hablado de mi padre?

La vibrante voz de Kosta sonó ahora en tono bajo, apagado, pero dura como el metal.

—No tolero a las mujeres que no saben dominar los nervios. Sólo te puedo decir una cosa; lo del «Cincinatti» ha fracasado y eso nos sitúa en una posición peligrosa. De un momento a otro ese hombre puede descubrir a las autoridades americanas todo y...

Al llegar aquí el hombre se detuvo. Su mirada se desvió hacia la puerta. Alguien estaba tratando de abrirla. Durante unos instantes los dos ocupantes de la habitación permanecieron mudos, inmóviles en sus sitios, como si el ruido hubiese paralizado sus miembros y sus voces. Por último, el hombre reaccionó vivamente, lanzándose hacia la maleta del rincón. Inclinandose sobre ella rebuscó en el interior. Cuando se irguió, su diestra empuñaba una negra «Parabellum».

—¡Apártate! —ordenó a la mujer.

Sylvia obedeció, mientras él se situaba frente a la puerta, al lado de la mesa, los ojos fijos en la entrada. Siguieron unos momentos de tensión abrumadora, silenciosa, casi palpable y, de pronto, un huracán estalló contra la frágil hoja de madera. El pestillo saltó, la entrada quedó franca y el cuerpo de un hombre rodó por el suelo a consecuencia de la brutal embestida.

Casi simultáneamente, Kosta hizo funcionar su «Parabellum». Una fracción de segundo antes de apretar el gatillo comprendió que la bala iría demasiado alta. Así fue. La sorpresa y la precipitación le habían hecho disparar antes de lo debido.

Intentó corregir la puntería cuando todavía el eco de la primera detonación vibraba en el aire. El cañón de su pistola bajó unas pulgadas, el índice se enroscó sobre el gatillo...

Fue todo como un relámpago. Un relámpago cuya procedencia no podía Kosta ni sospechar. El cuerpo del agente federal Bat Wells,

impulsado por su propia fuerza, fue a chocar contra los pies de la cama. A menos de dos yardas el joven pudo ver el negro cañón de la «Parabellum» enfilando recto su cráneo y el dedo de su dueño afianzándose sobre el gatillo.

Con los dientes apretados, Kosta disparó. Al mismo tiempo, algo chocó violentamente contra su muñeca y la bala rebotó en las baldosas del suelo, a unas pulgadas de Wells, para estrellarse inofensivamente contra la pared.

El juramento de Kosta coincidió con una tercera detonación. Pero esta vez no fue la «Parabellum» la que ladró. Desde el suelo, Bat Wells acababa de hacer funcionar la «Luger».

Sylvia gritó, ahogando el desagradable sonido del plomo al desgarrar la carne y astillar el hueso. Kosta se llevó la mano al hombro derecho. La pistola se le escapó de entre los dedos y cayó a sus pies.

El hombre la miró extrañado, sin comprender la razón por la que se vio obligado a abandonarla. De la «Parabellum», su mirada pasó al bolso de piel, que había desviado su mano en un certero golpe, y de éste a su dueña, a Sylvia Laredo, que parecía asustada, sorprendida, como si un inesperado rayo de luz le hubiese revelado la magnitud y el significado de lo que acababa de realizar.

—¿Por qué has hecho esto, Karina? —susurró Kosta, con voz opaca, carente de tonalidades—. Tú... tú me has traicionado.

La mujer soltó el bolso, como si fuera una brasa que le quemara entre las manos, y se cubrió el rostro con ellas. Cuando Bat Wells se acercó, la oyó sollozar entrecortadamente.

* * *

—Le aseguro que terminará por hablar, amigo. Es cuestión de tiempo.

El inspector Edwin Kenneth señalaba con el índice al hombre capturado en el burdel de Rivington Street. Se hallaba este último sentado en una dura silla, de respaldo alto y recto, con la cabeza

erguida y los descoloridos labios apretados en un gesto de terquedad, de silenciosa terquedad, inútilmente atacada por los tres hombres del F.B.I, que le rodeaban. El hombro herido le había sido curado y el blanco vendaje se veía por el abierto cuello de la camisa.

Al escuchar las palabras del policía, el hombre llamado Kosta levantó la sudorosa frente hacia él. Existía una mirada extraña en sus ojos.

—Valora usted muy mal a los hombres de mi clase —repuso.

—Repítame esas palabras dentro de seis horas.

Se entreabrieron los labios de Kosta en una imperceptible sonrisa.

—Dentro de seis horas estaré liberado —aseguró, con tremendo aplomo.

Sin impresionarse lo más mínimo por estas palabras, el agente Alec Swanson, a su izquierda, volvió machaconamente sobre el cuestionario de preguntas hasta ahora sin respuesta.

—¿Con quién comunicaba por medio de la emisora portátil?

Y Bat Wells, envuelto en el humo de su cigarrillo, a la derecha:

—¿Dónde está Rudolph Harvey?

—¿Fue usted el que intentó raptar en Dayton a Mary Harvey?

—¿Por qué?

—¿Qué sabe sobre una isla de Las Antillas?

Kosta volvió a su impenetrable mutismo. La habitación se fue llenando de humo de tabaco y de tiempo perdido. El hombre sudaba, brillante la frente, pasándose la mano por el vendado hombro herido.

El acoso verbal de los agentes seguía sin resultados positivos cuando la puerta se abrió para dejar paso a un hombre que solicitó hablar con el inspector. Este escuchó las palabras que el otro le dijo en voz baja. A continuación, se acercó despacio hasta el hombre sentado y se le quedó mirando a los ojos.

—Es una lástima que su heroico silencio no le haya servido para nada.

El herido dejó de frotarse el hombro. Sus pupilas buscaron las del inspector del F.B.I. Una sombra de temor resbaló por ellas.

—¿Qué dice?

—Su amiguita es más blanda que usted. Me acaban de comunicar que ha hablado.

Kosta se irguió violentamente, el rostro visiblemente alterado.

—¡No es cierto! ¡Tratan de engañarme!

Las fuertes zarpas de Swanson volvieron a sentarle. El inspector Kenneth se volvió de espaldas.

—Esa mujer le ha acusado a usted del asesinato del pasajero del «Cincinatti».

El rostro de Kosta estaba empapado por diminutas gotitas, que resbalaban por sus mejillas y le llenaban de salobre los pálidos labios.

—¡Les ha mentido!

—¿Quién fue entonces? —terció rápido, Bat Wells.

—Pierden el tiempo. No diré nada.

—Ya no nos es necesaria su confesión —aseguró Kenneth, y calmamente ensayó el golpe final de su bien trazado plan—. Nos basta con lo que Sylvia Laredo nos ha dicho. Vamos, muchachos; tenemos que pedir a la Armada que flete un buque de guerra hacia esa isla.

Las palabras de Edwin Kenneth fueron como una serpiente de cascabel mordiendo en la carne del prisionero. Se levantó de un salto, con los ojos repletos de ira y los dientes apretados e intentó revolverse contra los dos agentes federales que le sujetaban.

Más no obtuvo ningún éxito. El recio Alec Swanson se bastó por sí solo para reducirle a la más absoluta inmovilidad. Kosta jadeó unos instantes, entre los robustos brazos del federal.

—¡Maldita traidora! —barbotó—, ¡Eso es lo que has sido siempre, Karina Yuri! ¡No debimos confiar en ti! ¡Pero te alcanzará nuestra justicia! ¡No escaparás a...!

Kosta silenció su voz casi tan violentamente como había empezado a hablar. Sus pupilas giraron en las órbitas, como si se

hubiera vuelto loco y el brillo del iris perdió intensidad. Todo su cuerpo sufrió un estremecimiento, que Alec percibió claramente al tenerle sujeto.

Edwin Kenneth avanzó un paso y le observó fijamente.

—¡Rápido, Bat —exclamó—, llama al médico!

Mientras el aludido se agarraba al teléfono, Alec sentaba de nuevo a Kosta sobre la dura silla de madera. El hombre parecía haber perdido bruscamente toda la fuerza de sus piernas. Se dejó caer en el asiento sin resistencia alguna, completamente inerte.

—Ahí no —dijo el inspector—. Túmbale en este sillón.

Entre los dos le llevaron hasta él. Kosta tenía los ojos semicerrados. Respiraba con dificultad. Al recorrer la faringe, el aire producía en su garganta un ronco gruñido, como de estertor.

Y de pronto, la cabeza del prisionero cayó a un lado, lo mismo que si le hubieran destrozado las vértebras del cuello de un rudo golpe.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Alec, que había estado tratando de encontrarle el pulso—. ¡Ha muerto!

Edwin Kenneth no contestó inmediatamente. Parecía hallarse pensativo, como si intentara atrapar alguna idea que pugnara por mantenerse oculta en los recovecos de su cerebro.

De improviso dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la salida.

—¡Bat, acompáñame! Tú, Alec, quédate junto a ese hombre hasta que venga el doctor Steve.

El rubio agente federal corrió tras él, alcanzándole en la puerta.

—¿Qué pasa, jefe?

—Vamos a ver a Sylvia Laredo. ¡Ojalá lleguemos a tiempo!

—¿A tiempo de qué?

—¿No lo comprendes, Bat? ¿No te das cuenta de cuál era la liberación de que hablaba ese hombre?

—¡Por las barbas de Mahoma! —exclamó Walls—. ¡Se refería a la muerte!

—Exacto.

—¿Pero cómo sabía que iba a morir?

—Porque él mismo se mató.

Los azules ojos de Bat chispearon. Se limitó a murmurar:

—¡Veneno!

Los dos policías tomaron uno de los elevadores, que los conduciría hasta el despacho del inspector, situado en el segundo piso, donde estaba Sylvia Laredo vigilada por un agente.

—¿Se le han confiscado a la muchacha todos sus objetos personales? —inquirió Kenneth, mientras ascendían.

—Sí. Han pasado al departamento correspondiente y...

Bat Wells no terminó lo que iba a decir. Se quedó con la boca abierta a mitad de la frase, y cuando la cerró fue para lanzar un juramento.

—¡Maldición! No todos los objetos de su pertenencia le fueron retirados. Solicitó que se le dejara... ¡lo mismo que Kosta!

El ascensor se detuvo y la puerta quedó abierta. Edwin Kenneth atravesó, casi a la carrera, el rellano que lo separaba de su despacho. Bat le siguió, pisándole los talones.

Impetuosamente irrumpieron ambos en los dominios del inspector. Kenneth abarcó la escena de un vistazo. Sylvia Laredo, a la que Kosta llamara Karina Yuri, estaba sentada en uno de los sillones y trataba de encender un cigarro con el fósforo que un joven agente mantenía frente a su rostro.

Al sentir el ruido de la puerta, los dos ocupantes del despacho levantaron la cabeza hacia los recién llegados. En el rostro de la mujer se reflejaba una ansiedad extraña, temerosa, que duró una fracción de segundo. Después, con un apresuramiento nervioso, inclinó la cabeza hacia la pálida llama del fósforo que bailaba ante sus ojos, pretendiendo encender el cigarrillo que no había llegado a prender.

—¡Deténgase! —gritó Edwin Kenneth.

El rubio Bat Wells fue más práctico. De un salto atravesó el espacio que le separaba de la joven y de un violento manotazo la hizo desprenderse del pitillo.

—¡No... no! —exclamó Sylvia Laredo, intentando recuperar el cigarrillo—. ¡Déjeme!

Bat Wells la sujetó por los hombros, dominando la feroz e histérica resistencia que ofrecía. Poco a poco, su ímpetu se fue calmando, hasta que se dejó caer hacia atrás del sillón, completamente vencida, y estalló en entrecortados sollozos.

Entre tanto, el inspector Kenneth había recogido el cigarrillo y lo observaba entre sus dedos.

—Manda esto al laboratorio —ordenó al sorprendido agente de la cerilla, alargándoselo—. Que lo analicen.

Mientras el federal salía, mirando el cigarrillo como si fuera un lanzallamas, el inspector arrimó una silla a la butaca de Sylvia y se sentó frente a ella. Esperó unos segundos antes de hablar.

—¿Fue así cómo eliminó al pasajero del «Cincinatti», Karina Yuri?

La joven levantó los llorosos y enrojecidos ojos. Varias sensaciones se leyeron claramente en ellos; sorpresa, miedo, desesperación...

—¡Déjeme! Yo... yo no sé nada —gimió.

—Su amigo Kosta y usted son rusos, ¿verdad?

—Me llamo Sylvia Laredo y nací en Venezuela. Mi pasaporte está en regla.

—No es verdad que naciera en Venezuela, aunque admito que, tal vez, llevara viviendo allí algún tiempo.

Sylvia Laredo, o Karina Yuri, volvió a abatir la cabeza. Su negro pelo presentaba cierto desorden. Bat Wells intervino:

—¿Su padre reside detrás del «telón de acero»?

La frase del federal hizo los efectos de un cuchillo aplicado a la espalda de la joven. Su cuerpo se envaró y la sangre huyó de sus mejillas.

—¿Por qué me pregunta eso? —inquirió.

—No olvida que escuché la conversación que mantuvo usted con Kosta en la casa de Rivington Street —anunció Bat—, Por lo tanto,

debe comprender que sería inútil negar los hechos. En sus circunstancias, lo mejor que puede hacer es confiarse a nosotros.

En los ojos de Karina Yuri se notaba ahora desconfianza.

Miró al joven agente, como si intentara aquilatar el valor y la verdad de sus palabras.

Edwin Kenneth se inclinó hacia ella, rompiendo la pausa producida.

—Escuche, Karina; usted ha fracasado la misión que le fue encomendada por sus jefes y ahora teme por la vida de su padre, ¿no es cierto?

Karina Yuri se revolvió.

—¡No he fracasado! ¡Hice lo que me ordenaron! Yo no tengo la culpa de que aquél no fuera Rudolph Harvey.

Se mordió los labios. Comprendió que acababa de caer en la trampa. Ya nada detendría a aquellos hábiles policías norteamericanos, aunque en realidad no le importaba mucho lo que pudiera sucederle a ella. Su padre estaba «allí» y, por tanto, lo mismo daba una cosa que otra. Todo se había perdido. En unos momentos de estupidez, de impaciencia, por no saber esperar. Si no hubiera ido a aquel burdel...

—Tiene razón, soy rusa —murmuró—. Me ordenaron eliminar al hombre del «Cincinatti» y me dieron instrucciones para ello.

Al comenzar a hablar la joven, Bat Wells pulsó el botón que ponía en marcha el magnetófono situado sobre la mesa de Edwin Kenneth.

—¿Por qué querían deshacerse de Rudolph Harvey? —inquirió el inspector.

—No lo sé. Le aseguro que digo la verdad. No me dieron ninguna explicación al salir de Rusia. Únicamente sabía que debía dirigirme a Caracas, donde nuestros agentes me extenderían un pasaporte falso, y de allí a La Habana para entrevistarme con Kosta. Él me dijo lo que se exigía de mí. Cuando le manifesté mi repugnancia, me recordó la situación comprometida en que se vería mi padre si yo no obedecía.

—¿Quién era Kosta?

—Pertenece al Servicio Secreto ruso.

—Ya no pertenece a nada —dijo Bat Wells—. Se ha suicidado por el mismo método que pensaba usted emplear cuando llegamos nosotros.

Karina se estremeció y el inspector Kenneth comprendió que aquella mujer decía la verdad. Ella no podría facilitar más datos. Era un eslabón insignificante de la gran máquina del espionaje soviético, que desconocía el trabajo de las demás piezas. Ellos mismos sabían probablemente más.

No obstante, se acababa de dar un gran paso: habían descubierto la personalidad del enemigo; sabían contra quién luchaban.

Pero desgraciadamente faltaba la pieza más importante de aquel rompecabezas: Rudolph Harvey.

¿Dónde estaba Rudolph Harvey?

Hasta ahora, la red de agentes federales que andaban a su caza por los diversos estados no habían obtenido ningún éxito. Uno tras otro, comunicaban con el Departamento del F.B.I, en Nueva York dando cuenta de su infructuosa búsqueda.

¿Habría sido descubierto por los agentes rusos, a los que ya burlara una vez a costa de una vida humana?

* * *

A la mañana siguiente de haber sido interrogados Karina Yuri y Kosta, sucedió lo que el inspector Kenneth esperaba impaciente desde hacía algunos días.

El timbre del teléfono sonó insistentemente y Alec Swanson cogió el auricular. Su jefe y Bat Wells pudieron ver el gesto de asombro que se dibujó en su rostro.

—¡Por los cuernos del diablo! —exclamó el atlético agente—. ¿A qué no adivina usted quién está al otro lado de este cacharrito?

Al tiempo que hacía la pregunta, alargaba el negro aparato de baquelita a Kenneth.

—Gina Lollobrígida —soltó Bat Wells, entre la nube de humo de su cigarrillo.

Sin dignarse a hacer el menor caso a su compañero, Alec anunció:

—El «gran jefe» de la tribu; el mismísimo Patrick Grey.

—¡Diantres! ¿Qué cuerda se le habrá roto al «viejo»? —murmuró Kenneth, mientras se pegaba el teléfono a la oreja.

Durante un minuto, el jefe supremo del F.B.I, estuvo hablando algo, que debía ser muy interesante a juzgar por el ligero brillo de los ojos del inspector. Por fin, éste dejó el auricular sobre su soporte y miró a sus colaboradores, que permanecían expectantes.

—Muchachos, acaba de aparecer Rudolph Harvey —anunció con la misma naturalidad del que propone una partida de «poker».

La exclamación a dúo de los agentes resultó bastante poco académica.

—Lo que oís, pareja de deslenguados —continuó Kenneth—, En este momento vuela hacia Nueva York, en un avión especial, acompañado por dos de nuestros hombres.

—¿Cómo le han encontrado? —inquirió Bat.

—Ha ocurrido lo que me figuraba. Mientras nuestros amigos los bolcheviques liquidaban al pasajero del «Cincinatti», creyendo que era él, el verdadero Harvey embarcaba hacia el Canadá. Una vez allí pasó la frontera y se puso bajo la protección de las autoridades de la ciudad de Houlton.

—¿Y qué hay de su famoso descubrimiento en esa misteriosa isla? —quiso saber Alec.

—Él nos lo contará personalmente. De momento sólo os puedo decir una cosa; únicamente disponemos de tres días para evitar la catástrofe.

—¡Por las barbas de Mahoma! —exclamó Bat—, ¿Pero qué catástrofe es esa? ¿A qué diablos se refiere Harvey?

—Él no ha dicho ni media palabra. Espero que cuando llegue confirme mis suposiciones...

—Le juro, jefe, que si no habla claro reventaré de un momento a otro —aseguró Bat Wells.

—Hay una diferencia entre nosotros —dijo Kenneth, sonriente—. Mientras vosotros os dedicáis a asediar a las rubias, a las pelirrojas y a todas las demás, yo me entretengo en leer la prensa.

—¡Que me esplumen si entiendo a qué viene eso! —rezongó Alec.

—¿Qué acontecimiento de repercusión mundial preparan los Estados Unidos para dentro de tres días?

Los dos jóvenes agentes federales parecieron ponerse de acuerdo para soltar ambos a la vez la misma interjección. Después, Alec Swanson exclamó:

—¡El lanzamiento de un cosmonauta al espacio!

Capítulo 6

EL reactor especial «Jet» que transportaba a Rudolph Harvey y a su escolta tomó tierra en la pista número 3.

Kenneth, Bat y Alec llegaron al pie de la escalera cuando la puerta del fuselaje empezaba a abrirse y en ella aparecía la figura de un hombre macizo con sombrero de ala flexible, echada sobre los ojos. Se detuvo un momento en el primer escalón. Enseguida descubrió la presencia del trío que esperaba y bajó hacia él.

Del interior del «Jet» surgieron otros dos individuos. El último de ellos era de catadura similar al primero. Un observador atento hubiera percibido el bulto sospechoso que se marcaba al lado izquierdo de sus pechos. Asimismo hubiera reparado en la firmeza de sus mandíbulas y en la decisión de sus ojos. Eran, sin duda, hombres de acción.

El que venía en medio de ambos ofrecía un aspecto muy distinto. Estatura regular, constitución endeble y ojos desvaídos que guiñaba a consecuencia de la fuerte luz solar. Tenía el cutis tostado por el sol y los cabellos le empezaba a grisear en las sienes.

—¡Diablos! —exclamó Bat mirando al personaje—. Tiene cierto parecido con el «fiambre» del «Cincinatti»,

—Es verdad —corroboró Alec—, A veces el parecemos a otra persona resulta divertido; pero, en este caso, al fulano del «Cincinatti» le resultó todo lo contrario.

Una vez salvado el último peldaño de la escalera, los tres pasajeros se detuvieron junto a los federales. El inspector exhibió sus credenciales.

—Inspector Edwin Kenneth.

El primero de los hombres se llevó el pulgar y el índice al ala del flexible.

—A sus órdenes, inspector. Agente especial Edward Quincey, del Departamento de Boston —se presentó—. Este es mi compañero Allan Terence —y volviéndose al tercero de los hombres, el de los ojos desvaídos, prosiguió—: Y aquí le presento a nuestro hombre: Rudolph Harvey.

El aludido, que no traía ningún equipaje, forzó una sonrisa y estrechó la mano de Kenneth.

—Encantado de conocerlo, señor Harvey. En estos momentos es usted uno de los hombres más importantes de los Estados Unidos.

Y Rudolph Harvey, el personaje cuyo secreto haría temblar a Norteamérica, articuló sus primeras palabras.

—Le aseguro, inspector —murmuró, que, por una parte, lamento el haber sido elegido por el destino para esta terrible prueba. He leído la prensa y sé que por unos miserables dólares envié a la muerte al desgraciado del «Cincinatti» y que, por culpa de mi descubrimiento, Joseph Jenkins fue asesinado. También conozco, por sus compañeros, el episodio de mi hermana. Todo muy lamentable...

—Ciertamente, señor Harvey —intervino Kenneth—, Ahora acompáñenos. Nos contará su historia en los coches que nos esperan. En el Departamento verá usted a su hermana.

El grupo, con Rudolph Harvey en el centro, se separó del reactor, del que acababan de descender los pilotos. Avanzaron hacia el límite de las pistas donde se alzaba la Aduana, las salas de espera y el resto de las edificaciones. Más allá de la torre de control, junto a las acristaladas puertas de la

Aduana, dentro del recinto del aeropuerto, esperaban dos negros automóviles policiales.

Detrás de los automóviles, a la izquierda, la red metálica se extendía a lo largo de aquel sector impidiendo la entrada a las pistas. Los familiares de los que partían y los curiosos se agolpaban al otro lado. El sol, en su cénit, hacía sudar sin compasión a muchos de ellos.

El grupo de Kenneth avanzaba en silencio. Rudolph Harvey, rodeado por todos los demás. Durante el trayecto, Bat observó cómo su jefe miraba un par de veces la posición del sol sobre sus cabezas. El inspector tenía el sombrero calado hasta los ojos y el joven no pudo ver lo que en ellos se reflejaba. Le extrañó esta actitud, al parecer sin importancia, y empezó a alertar sus sentidos. Alec también debió notar algo extraño, porque cambió una mirada con su compañero.

Ambos se comprendieron y, con movimientos naturales, desabrocharon sus americanas de forma que se pudiera llegar con facilidad y rapidez hasta las culatas de las «Luger», colocadas bajo la axila.

De pronto el silencio fue roto por Edwin Kenneth.

—Es una lástima —dijo—. Mi memoria se va debilitando. Les doy mi palabra de que creía que estábamos en el mes de julio.

Por un momento el extraño comentario no encontró respuesta. Luego, el agente que dijo llamarse Edward Quincey replicó:

—Su memoria es excelente, inspector, porque, efectivamente, estamos en el mes de julio.

Kenneth miró al hombrón.

—¿Y usted cree, Quincey, que el clima de Nueva York es fresco en el mes de julio?

En los ojos del macizo agente apuntó la sorpresa. Indudablemente no se explicaba el por qué de aquella pregunta que parecía no venir a cuento. Por fin, Quincey contestó:

—¿Dice usted fresco, inspector? Una vez vi los hornos de una fábrica de acero en Detroit. Le aseguro que entre aquello y esto no hay mucha diferencia.

Kenneth desvió la mirada del hombrón y sus ojos volvieron a sombreadarse bajo el ala del sombrero.

—Entonces no me lo explico —murmuró quedamente.

—¿Ocurre algo, jefe? —inquirió Alec Swanson acercándose.

—No lo sé todavía.

Habían salvado más de la mitad del camino hacia los automóviles cuando Edwin Kenneth volvió a hablar.

—Escúchenme todos. Hagan lo que les voy a ordenar sin denunciar prisas y de una forma natural. ¿Entendido?

—Entendido, jefe —asintió Bat.

—Quítense de detrás del señor Harvey y de mí y sitúense a los lados.

Los federales realizaron la operación, quedando algo distanciados de Harvey y del inspector. Este prosiguió:

—Quincey, Terence, es probable que a ustedes dos les dé órdenes que tal vez les parezcan extrañas. Pero síganlas al pie de la letra.

—O.K., jefe.

—A usted, señor Harvey —continuó el inspector dirigiéndose al estupefacto hermano de Mary Harvey—, quiero pedirle lo mismo. Procure hacer, con matemática exactitud, lo que voy a decirle. Dentro de unos instantes...

Los federales no pudieron oír más. La voz del inspector quedó ahogada por el ruido producido por los turborreactores del «Superconstellation», destino París, que despegaba en aquellos momentos.

Se hallaban ya a unas quince yardas de los dos negros automóviles. Detrás de la larga malla metálica, los que vinieron a despedir a los viajeros del «Superconstellation» agitaban sus pañuelos. El sol seguía bombardeando con sus silenciosos rayos las pistas, los hangares y las instalaciones del aeropuerto.

Edwin Kenneth puso su mano sobre el brazo derecho de Rudolph Harvey. La palidez de éste se tornó cadavérica.

Y como si esto hubiera sido una señal dirigida al invisible peligro, éste se materializó brutalmente, con ronca y desagradable voz. Ocurrió en una fracción de segundo, por sorpresa, inopinadamente.

Detrás de la malla metálica, a unas yardas de los automóviles policiales, brilló algo unos instantes, como el aleteo de una mariposa. Una extraña mariposa, negra y amenazadora, de

superficie empavonada, en la cual se reflejaron los ardientes rayos solares. Inmediatamente al ruido del reactor que se alejaba se unió el del tableteo de la mortífera metralleta. Fue una ráfaga corta, rápida. El plomo zumbó, barriendo el ardiente espacio que le separaba del corazón de Rudolph Harvey.

El hombre cuyo secreto haría temblar a los Estados Unidos se llevó las manos al pecho y dio un salto grotesco en el aire para caer al suelo, donde quedó completamente inmóvil.

Antes de que la metralleta terminara su mortal canción, en las manos de Bat y Alec aparecieron las «Lugers». Únicamente, pudieron ver, como un relámpago, la figura de un hombre tras la malla metálica, envuelto en una amplia gabardina, que se escabullía entre el asustado público después de arrojar al suelo el arma homicida.

Y entonces llegó la orden extraña, incomprensible, de Edwin Kenneth.

—¡Quincey, Terence, persigan a ese hombre, pero déjenlo escapar! ¡Bat y Alec, quietos aquí!

Los dos primeros agentes vacilaron unos instantes, pero después, obedeciendo la inexplicable orden, corrieron hacia una de las salidas con las pistolas empuñadas. En unos segundos los curiosos desaparecieron, aterrorizados, de detrás de la malla de separación.

Entretanto, Edwin Kenneth permanecía arrodillado junto al cuerpo de Rudolph Harvey, inclinado sobre él, como si quisiera protegerle de los rayos del sol.

—¡Rápido, muchachos, ayudadme a trasladarle a uno de los coches! —pidió a sus dos ayudantes.

Bat y Alec cargaron con el inerte cuerpo y, en silencio, lo introdujeron en el primero de los automóviles, depositándole en el asiento posterior.

—En marcha —ordenó Kenneth colocándose junto a él.

Bat se puso al volante y maniobró hacia la salida.

Poco después los dos jóvenes agentes se llevaban otra sorpresa en aquella serie ininterrumpida de ellas.

El hombre caído, que aparentemente había sido acribillado a balazos, se removió y, abriendo los ojos, se incorporó en el asiento. Estaba lívido y sus labios temblaban, pero en su cuerpo no se veía el menor rastro de heridas.

—¡Magnífico, señor Harvey! —exclamó Kenneth—, Su actuación ha sido insuperable.

El hombrecillo aficionado a cazar mariposas se limpió con un pañuelo el sudor que le resbalaba copiosamente por la frente.

—Le doy mi palabra —articuló— que este ha sido el peor momento de mi vida.

—Franqueza por franqueza —sonrió Kenneth—, También lo ha sido para mí. Nunca oí silbar las balas tan cerca de mis orejas.

—Lo que nunca comprenderé es cómo supo sincronizar el empujón que me dio y la fracción de segundo que tardarían las balas en llegar a mi miserable piel.

—Cuestión de práctica, señor Harvey. Es facilísimo; basta saber a la velocidad que sale un proyectil del cañón de una metralleta y la distancia existente entre la mencionada metralleta y el objetivo. Después se realiza una sencilla operación matemática... y ya está.

Edwin Kenneth hablaba con asombrosa tranquilidad. Sus dos jóvenes ayudantes comprendieron que trataba de quitar importancia al suceso en beneficio del sistema nervioso de Rudolph Harvey, que si bien no había muerto de la descarga amenazaba hacerlo de miedo.

Por su parte, Bat y Alec comprendían ahora todo. Una vez más tuvieron que rendirse ante la perspicacia de su jefe. El astuto hombre del F.B.I, había visto el peligro desde el principio. Desde el mismo instante en que observó, a distancia, al hombre envuelto en la gabardina tras la malla metálica.

—Me pareció un tanto extraño —explicaba Kenneth — que, en pleno mes de julio y con el sol descargando justo encima de nuestras cabezas un individuo se arropara con tanto cuidado. ¿Quién nos iba a decir que lo que arropaba era una hermosa «Ukelele», eh, muchachos?

—¿Por qué ha ordenado a Quincey y a Terence que dejen escapar a ese individuo?

—Muy sencillo. Este ha sido el último ataque, a la desesperada, de nuestros amigos los «soviets» contra el señor Harvey. Ellos saben que, si fracasaba, el secreto de esa isla del Caribe dejaría de serlo. Mi intención es que crean que no han fracasado.

* * *

Hundido en el enorme sillón forrado de cuero, Rudolph Harvey parecía más insignificante de lo que en realidad era. Los desvaídos ojillos giraban alrededor suyo y saltaban, inquietos, de uno a otro personaje de los allí reunidos.

Frente a él, también sentado, un hombre de mirada serena, de unos cincuenta y cinco años, esperaba en silencio su sensacional revelación. Era el jefe del F.B.I., del departamento de Nueva York, a las órdenes directas del director federal. Junto a él se hallaba el inspector Edwin Kenneth y, al otro lado, a la derecha, Mary Harvey, Alec Swanson y Bat Wells también estaban presentes.

Todos permanecían expectantes, en espera de las palabras del apoderado de la «J.J. Jenkins and Company».

—Según declaración de su hermana —había dicho el jefe del departamento—, usted le escribió una carta en la que aludía a cierta isla de Las Antillas y a algo que en ella estaba sucediendo de vital importancia para los Estados Unidos.

—Así es, señor —respondió por fin Harvey—. Si me permiten empezaré por el principio.

El hombre carraspeó unos instantes y siguió:

—Como ustedes saben, soy aficionado a coleccionar insectos. Normalmente utilizo mis vacaciones anuales para conseguir alguna especie que pueda aumentar el valor de mi colección. Este año embarqué hacia Cuba en busca de un rarísimo ejemplar de mariposa, que, según mis informaciones, encontraría en un pequeño islote a unas treinta millas al noroeste de aquella isla. Alquilé una

motora y me hice conducir hasta este islote. Únicamente habitan en él algunas familias de pescadores, todos, o casi todos, de nacionalidad cubana.

—Y empezó la caza de su mariposa —terció Alec Swanson, al que siempre le había hecho una gracia enorme aquella ocupación.

Harvey desvió sus descoloridas pupilas hacia él.

—Así es —respondió—. Me interné en la selva y un día, por sorpresa, tropecé con algo asombroso.

—¿De qué se trataba? —preguntó el inspector Kenneth.

—De una enorme gruta o cueva horadada en la ladera de un promontorio.

—Y supongo que lo asombroso estaría dentro de la gruta

—apuntó Bat Wells.

—Exacto.

—Quedamos en que vio usted la gruta y... —intervino el jefe del departamento.

—Permítame que diga antes una cosa —prosiguió Harvey—. Todavía no comprendo cómo pude llegar hasta allí, sin ser visto. Supongo que fue producto de la casualidad, porque aquella gruta... ¡estaba vigilada por hombres armados!

—¿Qué hizo usted entonces? —inquirió Kenneth.

—Volví al litoral. No lograba compaginar la presencia de aquellos hombres armados —que, por añadidura, no me parecieron nativos— con la tranquilidad que reinaba en el islote. Aquella noche intenté sonsacar a uno de los viejos pescadores. Al principio se mostró asustado, pero cuando de la botella de whisky que saqué de mi equipaje no quedaba más que dos dedos, el viejo empezó a hablar. No muy enterado, más sus confusas palabras sirvieron para ponerme los pelos de punta.

Después de una breve pausa, Harvey continuó:

—Aquella misma noche volví a la gruta. Quería ver, con mis propios ojos, lo que el hombre me insinuó. No sé de dónde saqué el valor para ello. Lo cierto es que, al amparo de la oscuridad y por

medio de una pequeña estratagema, que no viene al caso, logré introducirme en su interior.

Edwin Kenneth se inclinó hacia adelante y Bat y Alec estiraron los cuellos.

—Señores —siguió Rudolph Harvey—, dentro de aquella gruta existía una complicada instalación de aparatos extraños entre los que únicamente pude reconocer un cerebro electrónico y unas pantallas de radar.

—¿Qué más? —se impacientó Alec.

—Inmediatamente comprendí, con toda claridad, las palabras del pescador —la voz de Harvey se hizo más grave—. Escúchenme bien, señores; dentro de tres días, Norteamérica prepara, en Cabo Cañaveral, el lanzamiento de un cosmonauta al espacio.

—Así es.

—En este lanzamiento, debido a una serie de circunstancias técnicas y científicas, se podrán realizar unos estudios, que representarán un avance gigantesco en los vuelos estratosféricos y que darán a los Estados Unidos la primacía del espacio.

—Exacto.

—Pero esto sólo sucederá si la citada nave, logra aterrizar en el sitio previsto.

—Sí.

—Pues bien, las instalaciones de esa gruta están destinadas a variar, en pleno vuelo, la órbita de nuestra nave, con lo que conseguirán, que la misma se pierda, por toda la eternidad, en el espacio infinito... ¡y con un hombre dentro!

Las palabras de Rudolph Harvey cayeron sobre las cabezas de los presentes como un enorme martillo, accionado por una mano gigantesca. Por un momento, el invisible martillo pareció descansar sobre sus cráneos, impidiéndoles, con su peso, abrir la boca. Finalmente, Edwin Kenneth reaccionó, echándose hacia atrás en el respaldo del sillón. Todos lo miraron. En el silencio, su movimiento había producido un ruido escandaloso.

—¿Qué hizo usted después? —preguntó, cortando el prolongado y desagradable intermedio.

—Me descubrieron. Logré alcanzar el litoral y huir en la motora que me trajo de Cuba. Arribé como pude a La Habana. Desde entonces, el grueso del espionaje soviético me viene pisando los talones.

—¿Escribió entonces al señor Jenkins y a su hermana? —inquirió Bat.

—Sí. Mi jefe me contestó a lista de correos. Se hacía cargo de mi situación y de la importancia del descubrimiento. Me prometía acudir al F.B.I.

—Lo hizo demasiado tarde —replicó Alec Swanson.

—Me imagino que esperaré hasta el último momento. Él sabía que la mejor prueba de lo que sucedía en el islote, era mi propia palabra. Tuvo que aguardar hasta ver el resultado de nuestro plan.

—Sin duda se refiere a lo del «Cincinatti» —comentó Kenneth.

—A eso me refiero. Jenkins me aconsejaba en su carta, que buscara a un individuo para que se hiciera pasar por mí. Se trataba de alejar a los sabuesos rusos del verdadero Rudolph Harvey. Me di cuenta, desde el principio, que era mandar a la picota a un inocente. Luché desesperadamente contra mis propios sentimientos. Les aseguro, que no querría ver a mi peor enemigo en semejante situación.

—Lo comprendo perfectamente —convino el hombre de ojos serenos.

—Por fin, logré vencer los escrúpulos. El tiempo se echaba materialmente encima. No había tiempo para pensar. Mi secreto era demasiado importante. El fracaso de los Estados Unidos en este vuelo tendría repercusión mundial, ya que todas las naciones están pendientes del lanzamiento. Rusia se nos adelantaría para siempre y, sobre todo, lo más aterrador; un hombre valiente, un experto insustituible en su trabajo, un inocente, todo lo que ustedes quieran, condenado a una horrible y prolongada agonía: condenado a girar por el infinito, encerrado en su tumba de acero...

Harvey no pudo seguir. Le resbalaba el sudor por las sienes y la voz se le quebró en la garganta. Mary Harvey corrió hacia él y los

dos hermanos se abrazaron. El hombre aficionado a cazar mariposas todavía murmuró:

—Compréndelo, Mary, el hombre del «Cincinatti» era un desesperado, un paria... Lo encontré en el puerto de La Habana medio muerto de hambre...

Capítulo 7

AQUELLA misma noche, en Washington, fue convocada una reunión de urgencia, a la que asistieron el propio director del F.B.I., un alto cargo de la N.A.S.A, y dos importantes miembros del Pentágono. El jefe de la Oficina Federal de Nueva York y el inspector Edwin Kenneth, del mismo Departamento, las dos piezas más importantes de aquella reunión, llegaron en un avión especial.

—El veinte de julio, es decir, el día destinado para el lanzamiento — informó el miembro de la N.A.S.A. — ha sido elegido por ser precisamente el momento propicio para el experimento. La posición de los astros es favorable para el estudio que se pretende realizar y asimismo nos favorecen otra serie de factores, que no creo necesario enumerar aquí. Si dejamos pasar esa fecha, yo les aseguro, señores, que habremos dejado pasar nuestra gran oportunidad.

No sólo en el aspecto científico no era aconsejable suspender el lanzamiento, sino también en el político. El prestigio de los Estados Unidos iba en ello. ¿Qué razón lógica se podía dar al mundo para suspender el experimento o para aplazarlo? ¿Se podía achacar a fallos técnicos cuando se había hablado, hasta la saciedad, de la absoluta perfección del sistema? Imposible, porque, entre otras cosas, con ello no se sacaría nada en concreto, ya que el peligro de las instalaciones bolcheviques persistiría posteriormente. Aparte de que un aplazamiento podía dar lugar a que Rusia se adelantara.

¿Dónde estaba, pues, la solución?

El inspector de la Oficina Federal se levantó. Todas las miradas convergieron en él. Con voz serena y fácil expuso su plan. Su

arriesgado y temerario plan en el que sus dos fieles colaboradores, Bat y Alec, debían tener una intervención directa e importantísima.

* * *

El islote se recortaba sobre el cielo rojizo del atardecer, semejante a un enorme cetáceo, dormido sobre las tranquilas aguas del mar de las Antillas o Caribe. Desde la cubierta del blanco yate de recreo, a unas dos millas de distancia, la exuberante floresta tropical se distinguía, como una masa uniforme y negra, en un contraluz impresionante. A espaldas de la pequeña isla, la bola de fuego del sol se hundía en el horizonte.

El inspector Edwin Kenneth, acodado en la cubierta del yate, contempló unos momentos el grandioso espectáculo. El policía estaba seguro que la marcha de la pequeña embarcación de recreo era vigilada desde hacía rato. Pero esto carecía de importancia, ya que el aspecto del yate era completamente inofensivo. Los vigías de la isla lo considerarían, sin duda alguna, como un costoso e incomprensible capricho de algún capitalista americano.

Pero la realidad era muy distinta.

En la banda de babor, a cubierto de los prismáticos de los centinelas rusos, cuatro hombres-rana estaban terminando de ajustarse sus ceñidos trajes de caucho. Sobre sus espaldas descansaban ya los aparatos del oxígeno y por delante, sujetos a sus cinturas con una correa de cuero, podían verse unas extrañas bolsas impermeables, parecidas a los macutos de los montañeros.

Dos de aquellos hombres-rana eran los agentes federales Alec Swanson y Bat Wells. Los otros dos, expertos en su trabajo, habían sido facilitados por el Pentágono.

El temerario plan de Edwin Kenneth estaba en marcha.

Por medio de unas maromas, sujetas a la cubierta, se deslizaron por el costado del yate hasta sumergirse en las templadas aguas del mar Caribe. Instantes después, el pequeño comando desaparecía de la vista de los tripulantes de la pequeña embarcación.

La gran aventura había comenzado.

* * *

Dos horas después, ya entrada la noche, en uno de los acantilados, al norte de la isla, las oscuras aguas vomitaron cuatro seres de apariencia irreal, fantasmagórica, que, como extraños monstruos de pesadilla, se aferraron a las húmedas y salientes rocas y quedaron pegados a ellas, jadeando entrecortadamente.

Durante unos segundos permanecieron inmóviles, respirando fuertemente. Después uno de los extraños seres alzó una mano, señalando las escarpadas y escurridizas crestas de las rocas. Los tres asintieron.

Inmediatamente los cuatro abandonaron sus asideros y sus cuerpos emergieron completos al incorporarse sobre las resbaladizas rocas e iniciar la peligrosa ascensión.

A la mitad de la misma se detuvieron. El silencio era absoluto. El lechoso resplandor de la luna caía sobre los últimos accidentes rocosos del acantilado por encima de sus cabezas.

—Aquí podemos cambiarnos —susurró uno de los hombres-rana—, Estamos a cubierto.

Rápidamente se despojaron de sus ceñidos trajes. De una de las grandes bolsas impermeables, atadas a sus cinturas, sacaron pantalones de lona, camisas y botas, con gruesa suela de goma, que vistieron y calzaron en silencio.

Otra de las bolsas contenían una metralleta, una canana repleta de proyectiles y tres cuchillos de monte de hoja ancha y fuerte.

Bat Wells cogió la metralleta y se ajustó la canana. Alec y los otros dos se sujetaron los cuchillos en la cintura. Todo estaba perfectamente estudiado. El comando debía evitar las armas de fuego por resultar demasiado escandalosas. Únicamente en caso de emergencia, de absoluta necesidad, Bat emplearía la metralleta.

De la bolsa de los cuchillos, Alec sacó también un papel, cuidadosamente doblado, que extendió ante la vista de sus

compañeros. Era un plano del islote, toscamente trazado a lápiz por Rudolph Harvey. En el centro señalado en rojo, se veía una circunferencia.

—Las instalaciones rusas —anunció Alec Swanson, señalando el círculo.

—Tendremos que abrirnos paso a través de la selva —comentó Bat, que comprobaba el seguro de la metralleta.

Alec volvió a doblar el plano y lo metió en uno de los bolsillos.

—«Kentucky» —se dirigió al hombre que guardaba los bagajes —, montaremos la radio allá arriba, entre los árboles.

—De acuerdo.

Instantes después, luego de comprobar que no quedaba a la vista ningún objeto que pudiera denunciarles, los cuatro hombres abandonaban el acantilado. Orange y «Kentucky», los dos militares, cargaban con las dos bolsas que quedaban por abrir.

Se adelantaron en la selva. Un ligero cálculo les dio a entender que debían avanzar en dirección Suroeste. Al amparo del tupido follaje, «Kentucky» montó la emisora y comunicó con el yate de recreo.

—El inspector nos felicita y nos desea suerte —explicó, volviendo a desmontar el aparato.

Pronto tuvieron ocasión de comprobar que si el camino elegido era el más corto, no era, probablemente, el más fácil.

Los gigantescos árboles tropicales se erguían frente a ellos y sus larguísimas ramas caían hasta más abajo de sus cabezas, entrelazándose unas con otras y juntándose con la exuberante vegetación del suelo hasta formar, en muchos puntos, una densa y casi insalvable cortina, que les obligaba a dar grandes rodeos. Sólo de tarde en tarde, sobre sus cabezas, aparecía algún rayo de luna, que audazmente se filtraba a través de los esquicios más inverosímiles. En estos casos era consultado el mapa y los relojes de pulsera.

Veinte minutos más tarde llegaban a un pequeño claro, iluminado débilmente por la luna. Bat Wells desembocó el último, empuñando la metralleta.

—Según mis cálculos ya debemos estar encima del objetivo — anunció—. ¿Qué tal la «mercancía» Orange?

El aludido golpeó la gran bolsa de lona, sujeta a su espalda, con la hoja del cuchillo que empuñaba en la diestra.

—Sin novedad, aunque te aseguro que estoy deseando soltarla. Pesa como si fuera de plomo.

—Pues andando —siguió Bat Wells, echando un vistazo a su reloj—. Es la una. Pronto podrás deshacerte de tu carga.

Atravesaron el claro, hasta el borde de la selva, para internarse de nuevo en ella. De pronto Alec Swanson, que iba el primero, se detuvo bruscamente.

—¿Qué pasa, Alec? —inquirió Wells desde atrás.

El atlético agente federal indicó silencio con un ademán. Los cuatro hombres se detuvieron con la respiración contenida. Al principio no oyeron nada. Después, frente a ellos, se pudo percibir el leve roce de algo entre la vegetación. Poco a poco, el roce se hizo más perceptible, acompañado de golpes secos como de tronchar de ramas.

Bat y Alec se miraron. ¡Alguien avanzaba hacia el claro!

—¡Rápido, Bat, hacia la izquierda! —susurró Alec—. ¡Orange, tú conmigo aquí!

Con extraordinaria celeridad el comando se dividió en dos.

Bat y «Kentucky» desaparecieron en la espesura, hacia la izquierda, mientras Alec y Orange lo hacían por la derecha.

Tras un enorme árbol, con el dedo índice sobre el gatillo, Bat Wells se esforzó por penetrar con su mirada en las sombras. «Kentucky», agazapado junto a él, apretaba el mango de su cuchillo.

El rumor de vegetación, al ser apartada por un cuerpo, se oía cada vez con más claridad.

Bat vio moverse unas ramas frente a él, un poco a la derecha, y alzó la metralleta unas pulgadas. «Kentucky» tensó los músculos de sus piernas y de sus brazos. Las ramas seguían moviéndose, ahora a impulsos de unos recios golpes, probablemente asestados por la

afilada hoja de algún cuchillo o machete. Por fin, el tupido ramaje cayó, cercenado por un golpe más fuerte que los otros, y en el hueco dejado por el mismo apareció un bulto movable.

Bat reconoció en él la silueta de un hombre, que siguió moviéndose entre la espesura, destrozando con el largo machete que llevaba en la diestra todo lo que impedía su paso. De improviso detúvose y alzó la cabeza como si olfateara el aire. La hoja del machete brilló un instante al tropezar con algún perdido rayo de luna.

Tras un momento de quietud, el hombre lanzó un gruñido ininteligible y, dando un salto al frente, con el largo cuchillo en alto, avanzó decididamente hacia el escondite de Bat y «Kentucky».

Sorprendido por la rápida e inesperada acción, Bat Wells se irguió con la metralleta al nivel de la cintura.

—¡Alto ahí! —ordenó al que venía—, ¡Deténgase o le abraso!

Wells pudo distinguir confusamente las facciones del hombre y el brillo de sus ojos. En ellos vio el peligro y estuvo a punto de disparar; pero se contuvo cuando su índice se apretaba ya sobre el gatillo.

El otro no tuvo tantos miramientos. Su mano derecha describió un veloz círculo y el machete voló como una centella.

Con un golpe seco, profundo, Bat Wells le sintió incrustarse, hasta el mango, en la blanda corteza del árbol que le protegía parcialmente.

De los labios del agresor brotó un grito ahogado, al tiempo que se volvía rápidamente e iniciaba la huida por el lado opuesto al ocupado por el todavía perplejo Bat Wells.

Pero no llegó muy lejos.

Frente a él, las sombras de la selva arrojaron un cuerpo, y unos brazos de acero aprisionaron su cintura, haciéndole rodar por tierra. El hombre se revolvió como una fiera asustada; pero los músculos del agente federal Alec Swanson eran poderosos y en menos de cinco segundos redujeron a la nada los embites de aquel individuo.

Bat Wells se acercó, seguido de «Kentucky». Por el lado contrario, entre las hojas de una planta gigante, apareció Orange.

—¡Bravo, Alec! —exclamó el hombre del Pentágono—. Veamos qué clase de bicho has cazado.

Aprisionado entre los recios brazos de Alec Swanson, el desconocido temblaba como una hoja y sus ojos brillaban asustados. Tendría unos cincuenta o cincuenta y cinco años.

Bat le miró fijamente al rostro. Por un momento tuvo la impresión de que había visto aquella cara en alguna parte.

—¿Entiende usted inglés? —preguntó el federal por encima de su metralleta.

Al oír la pregunta, la expresión del individuo cambió y en sus ojos, asustados antes, se marcó ahora una mirada de perplejidad. Al cabo de un rato de observar, asombrado, a los hombres que le rodeaban, murmuró:

—Sí... sí... entiendo y hablo algo de inglés.

—¿Es usted ruso? —inquirió Bat al percibir el acento del desconocido.

El hombre contestó apresuradamente.

—Sí, soy ruso; pero vengo huyendo de mis compatriotas. Les juro que es cierto lo que digo.

—No tenemos ninguna obligación de creerle —opinó Alec detrás de él.

—Piensen lo que quieran, señores, pero, por favor, escúchenme; veo que ustedes son americanos. No sé lo que hacen aquí ni me importa. Únicamente les suplico que me tomen bajo su protección. ¡Atenme las manos y los pies si lo desean, pero llévenme con ustedes a los Estados Unidos!

—Va usted a parar a buen sitio, amigo —dijo—. Le aseguro que daría mi brazo derecho por saber si vamos a poder volver nosotros allí.

Bat Wells seguía mirando fijamente al hombre. Preguntó:

—¿Por qué huía de sus compatriotas?

Una mueca de amargura desfiguró el rostro del desconocido.

—Todo el mal que he recibido en esta vida proviene de ellos —aseguró—. Me sacaron de Rusia a la fuerza y me hicieron venir

aquí. Soy técnico electrónico y pretendían que colaborase en algo espantoso.

—¿En desviar la órbita de la nave espacial norteamericana, por ejemplo? —inquirió Alec Swanson.

El asombro casi tiró de espaldas al ruso.

—¡Oh, ustedes... lo saben...! —balbució—. Ustedes están aquí... yo me alegro... les aseguro...

—No nos asegure nada todavía —cortó Bat Wells—, Nos estaba hablando de sus desgracias. Prosiga.

Ante la firmeza de la orden dada por el rubio americano, el hombre continuó:

—Les decía que me obligaron a salir de Rusia y me trajeron aquí; pero no fui yo solo el amenazado. Mi hija también lo ha sido. Le ordenaron entrar clandestinamente en los Estados Unidos y le aseguraron que, si no cumplía fielmente la misión encomendada, no volvería a verme más.

—¿Cómo se llama su hija? —preguntó Bat Wells, que creía saber ya a quién le recordaba la cara de aquel hombre.

—Karina... Karina Yuri.

El rubio federal y su compañero Alec pensaron en las extraordinarias e increíbles bazas que juega el caprichoso destino.

Sin saber por qué, Bat Wells sintió, que le hubiera gustado estar delante de Karina Yuri para decirle que su padre no estaba en Rusia como ella creía.

—Le llevaremos con nosotros, amigo —anunció Bat, bajando por primera vez la metralleta—, pero su deseo de entrar en los Estados Unidos tendrá que abandonarlo de momento. Bueno, si quiere que le diga la verdad, tal vez no llegue a estar nunca. ¿Qué piensa usted de nuestra presencia en este islote?

—Después de oírles hablar creo que la cosa no puede estar más clara —replicó el padre de Karina Yuri—. Supongo que están aquí con la intención de sabotear el plan bolchevique.

—¿Cree que será difícil conseguirlo?

—Difícil y peligroso si no cuentan con más fuerza que ustedes cuatro. En la isla hay treinta rusos, entre soldados y técnicos.

—Bien, nosotros ahora somos cinco —terció Alec—, Supongo que usted querrá ganarse la entrada en los Estados Unidos. Ahora tiene una buena oportunidad.

—Cuenten conmigo.

—Pues andando —continuó Alec—. No podemos perder un minuto más. Llévenos hasta las instalaciones rusas y piense que nosotros estaremos alerta detrás de usted por si se arrepiente de sus buenas palabras.

Capítulo 8

LOS cinco reanudaron inmediatamente el camino a través de la selva. El ruso en primera posición, y Bat Wells, en última, con la metralleta dispuesta contra cualquier eventualidad. Al alejarse del claro, bañado por la luna, la oscuridad se hizo casi absoluta. Tuvieron que avanzar a ciegas por entre la exuberante vegetación tropical, arañándose el rostro y los brazos con la maleza. En algunos puntos los cuchillos tenían que entrar en acción para dejar el camino libre.

Poco a poco la vegetación fue haciéndose menos tupida y la luna comenzó a asomar su cara por entre las copas de los árboles. Avanzaron un gran trecho, sin necesidad de la intervención de los cuchillos, hasta que el ruso se detuvo e hizo una seña a los que le seguían.

—Ahora tendremos que ir con mucho cuidado —susurró mientras señalaba entre unos árboles—. Ahí está el promontorio donde se encuentran las instalaciones.

Efectivamente, hacia adelante, a unas veinte yardas, la selva terminaba bruscamente en un terreno al parecer de origen volcánico, que ascendía rápidamente, formando la vertiente de una montaña.

—Dicen que antiguamente fue un volcán —aclaró el padre de Karina Yuri—. Pero eso debió de ser hace muchos siglos.

Las instalaciones están en una gruta de la otra vertiente.

—¿Y los centinelas? —preguntó Bat.

—Principalmente en los alrededores de la gruta —replicó el ruso—. Pero también hay algunos patrullando por las laderas.

En pocas, pero claras palabras, fue trazando el plan de acción. La oscuridad debía proteger sus movimientos y la arriesgada operación que se proponían. Afortunadamente la vertiente del montículo parecía bastante accidentada.

Los relojes señalaban las dos y veintitrés minutos cuando el comando acometió la ascensión hacia la cima del montículo.

Al alcanzar la última cresta, allí donde la ladera opuesta iniciaba su descenso, Alec Swanson se aplastó contra el suelo, buscando la protección de unos matojos. Orange le imitó con toda celeridad.

Hacia la derecha, en plena pendiente, brillaba la luz de una hoguera.

—¡Los primeros rusos! —susurró al hombre del Pentágono.

—Esperemos aquí sin movernos —murmuró el federal hasta que se nos unen los demás.

No tardaron en hacerlo «Kentucky» y el ruso. Un minuto después llegaba Bat Wells.

—Esa es la primera avanzadilla de vigilancia —informó el padre de Karina Yuri—, No tienen sitio fijo. Normalmente patrullan por toda la montaña.

—Nos aproximaremos a la gruta por la izquierda —expuso Wells.

Iniciaron el descenso por una depresión del terreno que les cubría de las miradas de los de la hoguera. Avanzaban agazapados, procurando no hacer el menor ruido, afianzando los pies sobre el irregular terreno. Un paso mal dado, que hiciera rodar una piedra, podía bastar para que su plan se viniera abajo.

De improviso Alec detuvo a sus compañeros. A la izquierda, sobre una alta roca, se destacaba la silueta de dos hombres. Estaban tan cerca de ellos que pudieron ver perfectamente sus fusiles, colgados en bandolera. Permanecían inmóviles, uno al lado del otro.

—Muchachos, ha empezado el peligro —susurró Bat—, Estamos en mitad de las filas enemigas.

Siguieron adelante, arrastrándose como reptiles, y uno a uno pasaron bajo la roca guardada por los centinelas. Pudieron oír perfectamente la conversación, que sostenían en voz baja.

Al fin dejaron atrás el puesto ruso y los cinco volvieron a reunirse al amparo de unas puntiagudas rocas. El hombre que quería huir de sus compatriotas señaló un repecho, no lejos de allí, cortado a pico sobre la vertiente.

—Debajo está la gruta —informó.

¡Al fin estaban a la vista del «círculo rojo»!

—Ha llegado tu hora, Orange —dijo Bat Wells—. Nos situaremos escalonadamente. Tú sobre el «círculo rojo»; Alec y el ruso, a tus espaldas, en aquellas rocas del centro, y yo os cubriré desde aquí. «Kentucky» montará la emisora en este mismo lugar. ¡Adelante, Orange... y mucha suerte!

El hombre del Pentágono afianzó la bolsa sobre sus espaldas y, en silencio, abandonó la protección de las rocas. Sus compañeros lo vieron avanzar a gatas hacia el repecho, bajo el cual estaba la gruta, durante un largo trecho. Luego desapareció en una pequeña ondulación del terreno.

Mientras «Kentucky» montaba la emisora, Alec Swanson y el ruso salieron también del círculo rocoso. Con infinitas precauciones se arrastraron hasta las peñas, que les servirían de puesto de observación y de enlace entre Orange y sus otros compañeros.

La calma era absoluta. Los dos puestos rusos habían quedado muy atrás y ni tan siquiera se veía el resplandor de la hoguera de la primera avanzadilla.

Entre tanto, Orange, el hombre más importante en esta parte de la misión del pequeño, comando, se arrastraba hacia la gruta como un reptil. Lenta y silenciosamente dejaba atrás el accidentado terreno y a sus ojos se presentaba, cada vez con más detalle, los contornos de lo que debía ser el techo de la peligrosa caverna rusa. Sentía en las piernas y en el pecho el roce del áspero suelo, pero esto no tenía importancia. Yarda a yarda, pulgada a pulgada, avanzaba hacia el «círculo rojo» con la frente bañada en sudor por el esfuerzo.

Con infinitas precauciones, continuaba su avance, hasta que alcanzó uno de los extremos del repecho. Boca abajo, sobre el suelo, se asomó al otro lado.

¡Debajo de él mismo, disimulada por unas rocas y unos árboles raquíticos, estaba la entrada de la cueva!

Dispersados por los alrededores pudo distinguir hasta ocho hombres, armados de metralletas.

No se entretuvo más tiempo el americano. Depositando la misteriosa bolsa de lona junto a él la abrió y sacó parte de su contenido. Se trataba de unos cilindros alargados con una mecha a los extremos. ¡Dinamita!

Rápidamente comenzó su peligroso trabajo. Enterró varios cartuchos en diversos puntos estratégicos, enlazados dos de ellos con un hilo de conexión. La operación le llevó algún tiempo. Su reloj marcaba las cuatro y diez cuando, arrastrándose, comenzó a rodear el repecho hacia el otro extremo del mismo. Allí verificó la misma operación, escondiendo cuidadosamente entre el terreno los cables que, unidos a uno principal, terminarían en el detonador.

Cuando concluyó el difícil y temerario trabajo, Orange, acurrucado entre las rocas, se limpió el sudor que resbalaba por su frente. La leve claridad de la aurora empezaba a despuntar. Eran las cinco.

¡Únicamente faltaba una hora para que el cosmonauta americano fuera lanzado al espacio!

—¡Diantres! Esto me ha llevado más tiempo del que pensaba.

Antes de alejarse de allí, echó un vistazo a la entrada de la gruta. Todo seguía igual. Los centinelas no se habían movido de sus puestos.

Con las mismas precauciones, Orange empezó a retroceder, desenrollando cable, hasta el puesto de enlace donde lo esperaban Alec Swanson y el ruso.

Unas yardas más allá, cuando intentaba disimular el cable de conexión entre unas piedras, oyó un ruido, no lejos de él, que no pudo identificar. Todos sus sentidos se alertaron. Sus ojos escudriñaron ansiosamente alrededor, pero no vio nada.

Se encogió de hombros y, agarrando la hoja del machete con los dientes, prosiguió su retroceso.

No había llegado a enterrar una yarda de alambre cuando, de improviso, el silencio de la noche se vio rasgado por un grito gutural. Orange se aplastó contra el suelo, como si formara parte de él. Coincidiendo con este movimiento, retumbó una detonación y el hombre del Pentágono oyó el silbido de la bala a dos pulgadas de su cabeza.

—¡Maldición, me han descubierto!

De un salto se irguió. El largo machete brilló en su mano derecha. Inmediatamente se dio cuenta de la peligrosa situación. Frente a él, el siniestro cañón de un fusil le enfilaba recto al corazón y, tras el fusil, el centinela ruso, cuyo dedo se curvaba ya sobre el gatillo del arma.

En esta brevísima pausa, el silencio que se produjo fue tan intenso, que el americano pudo oír perfectamente el latido de su propio corazón. Luego los latidos fueron bruscamente apagados por una estrepitosa ráfaga de metralleta.

Ante los asombrados ojos de Orange, el ruso que le encañonaba dejó caer el fusil de entre sus manos, alzó los brazos en un gesto desesperado y, con el rostro bañado de sangre, se desplomó, quedando atravesado sobre el arma.

Desde aquel mismo instante el silencio y la quietud terminaron en los alrededores del «círculo rojo».

—¡Rápido, Orange, el detonador!

Era la voz de Alec Swanson. El hombre del Pentágono le vio, medio escondido detrás de las rocas, a unos cuantos pasos solamente. A su lado se adivinaba la silueta del padre de Karina Yuri. Más tarde, en el primer puesto, fuera de la protección de las rocas, la rubia figura de Bat Wells parecía la extraordinaria y terrible estatua de un soldado vengador, la metralleta, humeante todavía, entre sus manos.

No había tiempo para asombrarse de nada. La alarma estaba dada y de varios puntos llegaron las voces de los centinelas rusos.

Orange se lanzó hacia la «bobina» del cable y comenzó a extenderlo frenéticamente en dirección al puesto de Alec Swanson donde estaba preparado el detonador. Hacia la izquierda sonaron

varios disparos. Los proyectiles pasaron peligrosamente cerca del hombre del Pentágono.

Saltando hacia las rocas, que poco antes había abandonado, Bat Wells respondió con una ráfaga de metralleta, que detuvo por un momento a los alertados rusos que avanzaban.

—¡Por las barbas de Mahoma! —gruñó Bat, abarcando con la mirada a su alrededor—. Dentro de unos momentos, esto no va a tener nada que envidiar al infierno.

—¡Bat, los bolcheviques que están a nuestra espalda siguen avanzando! —anunció «Kentucky»—. Los veo perfectamente desde aquí.

—¡Cúbrete y déjalos que vengan! Por ahora me interesan más los de este lado. ¡Por las barbas de Mahoma! ¿Dónde se habrá metido Orange? No veo tampoco a Alec.

—¿Y la dinamita? ¿Por qué no estalla? Faltan sólo cinco minutos para las seis.

¡Cinco minutos! Las sienes de Bat Wells, martilleando rítmicamente, comenzaron a contar el paso de los segundos. Trescientos... doscientos noventa y nueve... doscientos noventa y ocho...

Entre unos matorrales, muy cerca del repecho que debía ser dinamitado, brillaron varios fogonazos, seguidos de otros varios desde el lado opuesto. El fuego ruso parecía tener por objetivo las rocas tras las cuales estaban Bat y «Kentucky».

El federal respondió con una larga ráfaga, en círculo, al tiempo que sentía el maullido de las balas bolcheviques al rebotar contra el parapeto.

¿Qué le pasaba a Orange y a los demás? ¿Estaban vivos todavía?

—¡Alec!

La voz de Bat se dejó oír por encima del nutrido tiroteo enemigo. Su atlético compañero le respondió a gritos.

—¿Qué hay, viejo?

—¿Y Orange? ¿Qué pasa con la «mercancía»? ¡Son casi las seis!

—¿Te crees que no tengo reloj, larguirucho de los demonios? Concentra tu fuego sobre el repecho para que yo pueda salir. Creo que a Orange le han dado y no se puede mover.

—¡De acuerdo! ¡Allá va!

Apretando el índice sobre el gatillo, el federal quemó en unos segundos toda la carga de su metralleta. El cañón, al rojo vivo, vomitaba fuego y plomo contra las armas enemigas. Por encima de él, Bat Wells, con los dientes enclavijados, vio saltar de su cobijo a Alec Swanson.

—¡Bat, ya están aquí!

—¡Maldición! —rugió Wells, recargando apresuradamente—, ¡Deja la emisora y entiéndetelas con ellos como puedas! ¡Me es imposible abandonar a Alec! ¡Lo están acribillando!

«Kentucky» se arrancó los auriculares y empuñó el recio cuchillo de monte, acurrucándose contra una de las peñas. Los cuatro rusos de aquel lado estaban encima. La posición que ocupaban, a más bajo nivel que los americanos, les había impedido, hasta el momento, hacer un fuego efectivo sobre ellos.

Una vez lleno de municiones el depósito de su arma, Bat volvió a la brecha, disparando por encima del puesto de enlace donde probablemente estaría el padre de Karina Yuri, temblando de miedo.

Aquello era una lucha irreal, de pesadilla, completamente absurda. Los rusos gastaban metralla sin ningún miramiento, acribillando materialmente el círculo rocoso donde se guarnecían los americanos. La cortina de plomo tropezaba en las peñas, rebotando en ellas con prolongados y lastimeros quejidos. A Bat le parecía imposible que pudieran estar todavía vivos.

—¡Ah, malditos! ¡Vais a ver cómo luchaban mis antepasados, los «cheyenes»! —gritó «Kentucky».

Bat Wells volvió el rostro, negro de pólvora y humo. Dos de los cuatro rusos, que venían por el otro lado, se hallaban ya junto a la roca que protegía a «Kentucky». Ahora estaban al mismo nivel de los americanos y se habían encarado los fusiles.

El hombre del Pentágono, como un loco formidable, cargó contra ellos con el cuchillo en alto. Los rusos estaban tan cerca, que les fue difícil seguir con el punto de mira de sus rifles los movimientos de aquel desesperado. «Kentucky» llegó en tromba, furiosamente, lanzando escalofriantes gritos de guerra indios. El choque de los tres cuerpos fue mortal. Uno de los rusos rodó por tierra con el pecho abierto por una tremenda cuchillada. El otro volteó su fusil y descargó un golpe salvaje, que fue a dar en las piernas del americano.

Por un instante pareció que éste iba a desplomarse; pero una fuerza invencible, sobrehumana, sostenía al hombre del Pentágono. Con las piernas insensibles, todavía tuvo empuje para echarse encima de su enemigo y bajar el ensangrentado cuchillo, en un golpe seco, sobre su corazón.

Y entonces entraron en escena los otros dos soldados rusos. «Kentucky», de rodillas, sin poder moverse, los vio venir sobre él y se consideró perdido.

Pero el bravo Bat estaba allí, medio vuelto de costado, apoyado en las rocas que le servían de parapeto. Su certera metralleta rugió y los rusos cayeron con el asombro pintado en sus semiorientales ojos.

—Bat... eres... eres magnífico —susurró «Kentucky», la mirada clavada en los cetrinos rostros de los centinelas, derribados casi junto a él.

Más el federal no oyó la halagadora frase. Girando el cuerpo sobre la dura peña, volvió su atención hacia los enemigos situados al frente, que seguían sembrando el claro aire del amanecer de ruidosos moscardones de plomo.

Mientras contestaba al fuego miró su reloj de pulsera y la sangre se le heló en las venas.

¡Faltan diez segundos para las seis!

¿Y Alec? ¿Y Orange? ¿Qué pasaba, que ninguno de los dos daba señales de vida? ¿Estarían sus cuerpos acribillados a balazos al otro lado de las rocas?

—¡Alec!, ¡Alec! —gritó Bat desesperadamente—, ¡Por las barbas de Mahoma!

Por un instante, sólo los estampidos de las armas de fuego le contestaron. Luego, entre el fragor de las detonaciones, se dejó oír la voz de Swanson.

—¡Bat, sigue disparando contra esos malditos matorrales! ¡Los muy cerdos no me dejan mover ni una pestaña!

—¡Alec, por lo que más quieras, haz saltar la dinamita! ¡Son las seis!

—¡No sé qué le pasa a este cacharro, que no funciona!

Bat Wells sintió que el corazón se le paraba. ¿Sería posible que no llegaran a tiempo?

¡Sólo dos segundos... uno...!

... ¡Cero!

Y de pronto la tierra tembló. Una explosión horrorosa conmovió las entrañas del montículo y una masa informe, de piedras y matorrales, se proyectó hacia el limpio cielo del amanecer, como si el dormido volcán hubiera despertado furiosamente de su letargo de siglos...

* * *

—Después de la explosión no nos fue muy difícil volver hasta el litoral —contaba Bat Wells—. Lo peor de todo fue nadar hasta el yate, remolcando a Orange y a «Kentucky» y, a veces, a nuestro amigo el ruso.

En el lecho, con la cabeza y un brazo vendado, Orange sonreía. Sentados a los pies de la cama, «Kentucky» jugueteaba con el largo y afilado machete, que pertenecía al padre de Karina Yuri.

A un lado, el inspector Edwin Kenneth escuchaba a su subordinado. No hacía ni dos minutos que acababa de recibir una llamada telefónica de Washington. Era una llamada importante; una llamada, que causaría un gran impacto en sus hombres. Se trataba de... Pero no. Era mejor guardar la noticia para el final

Bat seguía contando.

—Por cierto, que el padre de Karina Yuri estaba medio muerto de miedo entre las rocas. Menos mal que cuando le echamos al agua reaccionó rápidamente.

—Ya fue una suerte que supiera nadar —intervino «Kentucky».

—Ha pedido asilo político en los Estados Unidos —informó Edwin Kenneth—, Lástima que su hija...

—¿Cree usted que será fuerte la condena, inspector? —preguntó Bat con un interés, que hasta Alec Swanson pudo percibir.

—Si en el juicio se demuestra que trabajaba bajo amenaza rusa... —una amplia sonrisa curvó los labios de Kenneth—, ¿Es que ahora te interesas por las Leyes penales, Bat?

—¿Eh? No... no, es que... bueno el caso es... En fin, me parece que voy a visitar a Karina Yuri con bastante frecuencia.

No había terminado de hablar cuando recibió un golpe en la espalda, que le dejó sin respiración.

—¡Bravo, viejo! —exclamó Alec Swanson después de su calurosa y demoledora «felicitación»—. Ahora me explico por qué te preocupabas con tanta solicitud del técnico ruso. Cualquiera deja ahogarse al suegro...

Se mordió los labios y tuvo la terrible sensación de que había hablado demasiado.

Lo comprendió al tropezar con los ojos de Rudolph Harvey.

Afortunadamente, Mary Harvey lanzó una carcajada, tan a tiempo, que tuvo la virtud de librar al atlético federal de su embarazosa situación.

Todos rieron y éste fue el momento aprovechado por el inspector Edwin Kenneth, para soltar la gran noticia.

—Muchachos, tengo una sorpresa para vosotros.

Las miradas convergieron en el astuto hombre del F.B.I.

—Acabo de hablar con «el gran jefe»: y me ha comunicado que el lanzamiento ha sido un éxito completo. Pero hay algo más. Dentro de seis días, os esperan en la Casa Blanca donde el Presidente de

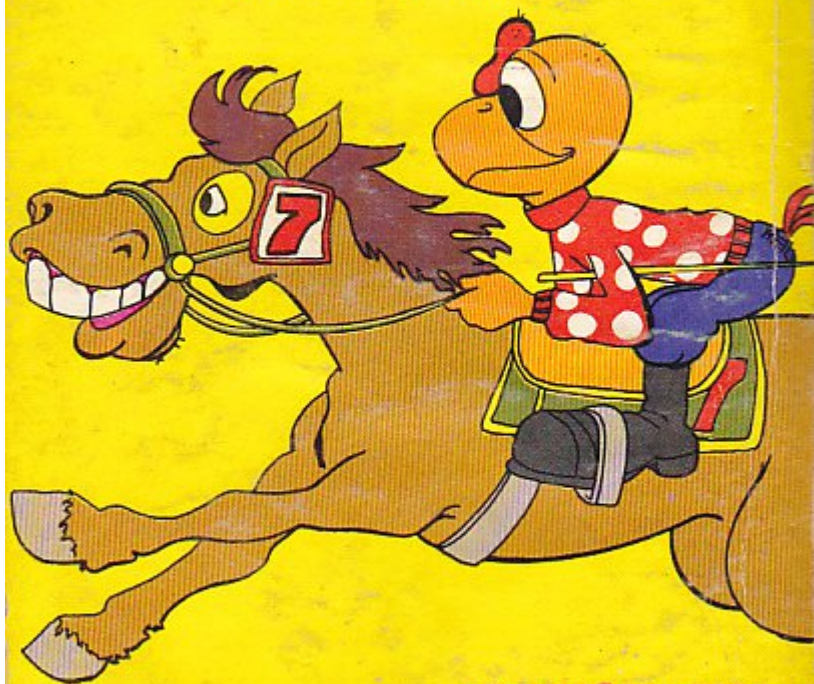
los Estados Unidos desea estrechar vuestras manos al mismo tiempo que la del cosmonauta.

El silencio que siguió fue la muestra más expresiva de lo que pasaba en el interior de aquellos hombres de hierro, inquebrantables ante el peligro y valientes hasta la temeridad, pero sencillos y humanos como el más insignificante de los mortales.

FIN

CONDORITO

REVISTA MENSUAL



el primero
en humor

¡PIDELO EN TU QUIOSCO!